«CRISTO ME ATRAE POR ENTERO, ¡TAL ES SU HERMOSURA!»

EJERCICIOS DE LA FRATERNIDAD
DE COMUNIÓN Y LIBERACIÓN

RÍMINI 2007

En portada: Masaccio, *Tributo* (detalle), Capilla Brancacci, Florencia.

© 2007 Fraternità di Comunione e Liberazione
Traduzione dall'italiano di Marta Graupera
Edizione fuori commercio
Finito di stampare nel mese di luglio 2007
presso Arti Grafiche Fiorin, Milano

Vaticano, 3 de mayo de 2007

Reverendo
Don Julián Carrón
Presidente de la Fraternidad de Comunión y Liberación

Ocasión Ejercicios espirituales Fraternidad de Comunión y Liberación sobre el tema "Cristo me atrae por entero, ¡tal es su hermosura!", Sumo Pontífice expresa a numerosos participantes cordial saludo buenos deseos asegurando Su cercanía espiritual. Desea que oportuno encuentro suscite renovada fidelidad a Cristo para un compromiso generoso en la obra nueva evangelización, invoca amplia efusión de favores celestes y le imparte a Usted, a responsables Fraternidad y reunidos todos especial bendición apostólica

***Cardenal Tarcisio Bertone**, Secretario de Estado de Su Santidad*

Viernes 4 de mayo, noche

A la entrada y a la salida:
Wolfgang Amadeus Mozart, Sinfonía n. 40 en sol menor, K550
Frans Brüggen – Orquestra of the 18th Century
"Spirto Gentil", Philips (Universal)

■ INTRODUCCIÓN

Julián Carrón. Mendiguemos el Espíritu porque sólo Su poder irrefrenable puede volver a despertar en nosotros la pasión por nuestro destino. Únicamente el poder de una energía que nos toque en lo más profundo, que ponga en movimiento todo lo que en nosotros está parado, puede realmente despertarnos a una vida plena.

Todos sabemos, al empezar estos Ejercicios, qué lejos estamos muchas veces de esta urgencia; somos muy conscientes de que toda nuestra presunción no sirve cuando nuestra capacidad decae, nuestro yo decae. Por eso lo más adecuado, apenas uno se da cuenta de esto, es gritar al Único que puede venir a socorrernos.

Invoquemos, en pie, con esta conciencia, el Espíritu de Cristo.

Desciende Santo Espíritu.

Saludo a cada uno de los aquí presentes y a todos los que están conectados vía satélite (ahora 26 países y sucesivamente otros 37 celebrarán los Ejercicios, por lo tanto un total de 63 países); por primera vez nuestros amigos de Israel y Palestina están conectados desde Belén.

Antes de comenzar nuestro gesto doy lectura al telegrama que me ha enviado el Santo Padre:

«Ocasión Ejercicios espirituales Fraternidad de Comunión y Liberación sobre el tema "Cristo me atrae por entero, ¡tal es su hermosura!", Sumo Pontífice expresa a numerosos participantes cordial saludo buenos deseos asegurando Su cercanía espiritual. Desea que oportuno encuentro suscite renovada fidelidad a Cristo para un compromiso generoso en la obra nueva evangelización, invoca amplia efusión de favores celestes y le imparte a Usted, a responsables Fraternidad y reunidos todos especial bendición apostólica.

Cardenal Tarcisio Bertone, Secretario de Estado de Su Santidad».

«Donde está tu tesoro, allí estará también tu corazón».[1] A cuántos entre nosotros nos ha venido a la cabeza casi espontáneamente pensar

en esta frase de Jesús cuando durante estos meses hemos leído a menudo la meditación de don Giussani en los primeros Ejercicios de la Fraternidad.[2]

Ha sido providencial encontrar este texto sobre la familiaridad con Cristo para celebrar el 25 aniversario de nuestra Fraternidad, porque todos nos hemos sentido interpelados por su observación: «Os habéis hecho adultos –decía entonces don Giussani–: mientras que demostráis vuestra capacidad en vuestra profesión, existe –puede que exista– una lejanía con respecto a Cristo […]. Existe como una lejanía de Cristo, excepto en ciertos momentos […] cuando os ponéis a rezar o cuando lleváis a cabo obras en Su nombre, en nombre de la Iglesia o del movimiento. Es como si el corazón estuviese lejos de Cristo […] es como si no secundase una familiaridad de la que ya ha gustado, […] como no sentirle presente […]. Cristo no falta en nuestras acciones –por eso nos impresiona todavía más este reclamo insistente, esta insistencia de don Giussani–: en las acciones, en muchas de ellas […], pero, ¿y en el corazón? ¡En el corazón, no! […] Lo que he llamado "el equívoco que entraña el hacernos adultos" es realmente –nos decía entonces– la toma de conciencia de la que debemos partir. No considero que, estadísticamente, sea normal entre nosotros que el hacernos adultos conlleve una mayor familiaridad con Cristo […]. Existe una "desmoralización"»,[3] una falta de tensión, una ausencia.

¿Quién no siente como suyas estas palabras que me escribía una de vosotros? «He leído la Página Uno de *Huellas* de febrero y me he dado cuenta de que Giussani describe exactamente lo que estoy viviendo: el debilitamiento de la tensión moral del que habla es la experiencia que hago. Cristo es el motivo por el que llevamos un cierto tipo de vida y por el que incluso damos la cara en el mundo, y sin embargo el corazón esta lejos de Él, de cómo miro mi trabajo, la casa, y sobre todo de cómo me levanto por la mañana. Si pienso en mis mañanas, me viene a la cabeza solo un vacío de conciencia, y levantarme para recitar los Laudes no cambia la situación».

Si el problema, amigos, es realmente nuestro corazón (es decir la fuente de los sentimientos, de los pensamientos, de los juicios) al que le falta esta tensión porque está "desmoralizado", si no sirven solamente las obras (hemos hecho muchas), las acciones, las iniciativas que hemos tomado en todos estos años; si todo esto no sirve, si no ha servido para vencer esta lejanía del corazón con respecto a Cristo, es normal que uno se pregunte –como dice el papa Benedicto citando a san Agustín–: «¿qué puede mover al hombre por encima de todo y en lo más íntimo, en el corazón?».

«San Agustín, con un penetrante conocimiento de la realidad humana –dice el Papa– puso de relieve cómo el hombre se mueve espontáneamente, y no por coacción, cuando se encuentra ante algo que lo atrae y le despierta el deseo. Así pues, al preguntarse sobre lo que puede mover al hombre por encima de todo y en lo más íntimo, el santo obispo exclama: « ¿Ama algo el alma con más ardor que la verdad? ». En efecto, todo hombre lleva en sí mismo el deseo indeleble de la verdad última y definitiva. Por eso, el Señor Jesús, «el camino, la verdad y la vida» (*Jn* 14,6), se dirige al corazón anhelante del hombre, que se siente peregrino y sediento, al corazón que suspira por la fuente de la vida, al corazón que mendiga la Verdad. En efecto, Jesucristo es la Verdad en Persona, que atrae el mundo hacia sí».[4]

Nosotros no podemos vencer esta lejanía del corazón con respecto a Cristo, si Él no nos «atrae por entero», justamente por el atractivo de Su belleza. Por eso el título de estos Ejercicios es una afirmación de Su verdad: «Cristo me atrae por entero, ¡tal es su hermosura!».[5] Pero, al mismo tiempo, es un grito, es una petición que Cristo haga resplandecer Su rostro, Su verdad ante nuestros ojos, para que todos nosotros, cada uno de nosotros en su interior pueda ser atraído por Él con la conciencia con la que rezaba el salmista: «Levántanos, Señor de los Ejércitos, haz brillar tu rostro sobre nosotros y nos salvaremos».[6]

Sólo si Cristo, Su belleza, resplandece sobre nosotros podemos sentirnos atraídos por entero en lo más íntimo de nuestro corazón. Pero la vida es drama, es relación, y en una relación nada es mecánico. «El hombre se mueve –dice el Papa– espontáneamente y no por coacción». Por eso es necesario que el hombre, cada uno de nosotros, esté dispuesto a dejarse tocar por la belleza de Cristo, porque « el Señor Jesús –dice el Papa– se dirige al corazón anhelante del hombre, que se siente peregrino y sediento, al corazón que suspira por la fuente de la vida »,[7] es decir, al corazón pobre.

Porque el resplandor de Su verdad «penetra en nosotros –decía don Giussani hace años– en la medida en que el corazón es pobre». Esta pobreza –se preguntaba–, esta pobreza de espíritu, ¿qué es? «No es una sencillez sentimental o temperamental, o una tranquilidad causada por circunstancias favorables».[8] La pobreza de espíritu es el deseo indeleble de la verdad última y definitiva que constituye el corazón de todo hombre.

«No lo sé –decía a un grupo de casados en 1977–, no lo sé, pero creo que mi insistencia continua en el deseo, que me viene de la experiencia de mi vida porque en él he hecho y hago experiencia de la salvación, es una de las cosas que hace más simpático lo que digo, porque es algo

evidentemente humano, pero al mismo tiempo es lo que menos se entiende de todo. Lo más humano [porque es lo que más coincide con la pasta de la que estamos hechos, pero], lo que menos se acoge».[9]

«El deseo no es una veleidad: es el primer gesto, o mejor, es el único gesto en el que la verdad del hombre se pone en juego para dejar espacio al Señor. Por eso el pobre de espíritu es el que tiene el corazón lleno del deseo de la presencia de Cristo. Todo lo demás no es pobreza, tanto es así que uno que tiene este deseo no puede pretender. El síntoma de que existe este deseo en el corazón, de que existe esta pobreza, es que uno no puede pretender, psicológicamente no logra pretender».[10]

Para desear así hace falta un juicio de valor sobre lo que es realmente Cristo, porque de lo contrario no Lo deseamos. Podemos hacer muchas cosas, pero el corazón está lejos, y deseamos muchas otras cosas. Por eso la frase del Evangelio dice: «Donde está tu tesoro, allí estará también tu corazón», porque nosotros deseamos lo que, de hecho, estimamos como un valor. Por eso el deseo es el fenómeno revelador de lo humano. Cechov expresaba bien esto: «Cuando me entraban ganas de entender a alguien o de entenderme a mí mismo, me ponía a examinar no tanto las acciones, en las que todo es una convención, sino los deseos. Dime lo que quieres y te diré quién eres».[11] En el deseo se desvela lo que uno estima. Por eso don Giussani decía: «Mirad que la conversión está en el deseo».[12]

Que nosotros tengamos una estima mayor de Cristo, más potente, tan potente que poco a poco nuestro deseo se desplace más hacia Él, para vencer esta lejanía, esto es un problema de tiempo. A nosotros, al inicio de estos días, nos urge pedir tener este deseo, porque el deseo es la dote del pobre. ¿Qué es lo contrario de esta pobreza? La presunción.

En 1992, cuando el Grupo Adulto había celebrado en Corvara los Ejercicios de verano sobre *Huellas de experiencia cristiana* (el texto de la Escuela de comunidad), don Giussani había respondido a una pregunta diciendo: «Es una gran presunción pretender estar en la compañía sin vivir seriamente las necesidades de nuestra humanidad». Podemos estar en esta compañía siendo unos presuntuosos, como si fuera algo automático, como si el mero hecho de estar, sin hacer nada, sin tomar iniciativa, sin tomar en serio nuestra necesidad humana, pudiera ser suficiente. Esto es una presunción. Es como si un chico estuviera en clase y dijera: «Ya hago mucho con estar aquí, con venir al Instituto a escuchar la lección»: es un presuntuoso, si piensa apañárselas así.

Nosotros no somos diferentes de los demás y no podemos pensar que nos las apañamos estando aquí sin tomar en serio nuestra necesidad

que nos impulsa a buscarle desde lo más íntimo de nuestro ser, a partir de nuestra exigencia humana. Porque «Cristo –decía el Papa– se dirige al corazón anhelante del hombre».[13] Mirad que estar en nuestra compañía sin vivir seriamente las necesidades de nuestro corazón es una presunción, insistía don Giussani.

Este año ha sido un año providencial. Hemos empezado con la gracia del precioso discurso del Papa en Ratisbona, que nos ha llamado a ampliar la razón. Después, en Italia, el Papa habló en el Congreso de Verona, donde nos llamó a vivir «una fe amiga de la inteligencia» y «una práctica de vida caracterizada por el amor mutuo».[14] Después hemos participado todos en el encuentro con el Papa en Roma, donde una vez más nos ha recordado la belleza del cristianismo que hemos encontrado en el carisma de don Giussani y cómo este acontecimiento que le tocó a él, que le "hirió" a él, nos ha "herido" también a nosotros, y nos ha invitado a seguir buscando «una fe profunda, personalizada y firmemente enraizada en el Cuerpo vivo de Cristo, la Iglesia, que garantiza la contemporaneidad de Jesús con nosotros».[15] Todo esto, esta llamada a ampliar la razón, esta llamada a vivir la belleza del cristianismo para que podamos profundizar nuestra fe y, por tanto, vencer esa lejanía, está en consonancia con todo lo que vemos útil para el camino que estamos haciendo.

Para ayudarnos en esta educación, para ayudarnos a ampliar la razón para alcanzar una fe más profunda y personalizada, mañana retomaremos el capítulo octavo de *Los orígenes de la pretensión cristiana*[16] como instrumento para este camino. El hombre es relación exclusiva con Dios, relación directa con el Misterio, y de ahí la insistencia de Jesús en la religiosidad, es decir, en vivir esta apertura total al Misterio. Aquello en lo que más insistió Jesús es: la vida se realiza en el don de nosotros mismos. ¿Cómo puede llevar este camino a una personalización de la fe? «La fe es personal –decía don Giussani– cuando es una respuesta, cuando se encuentra y se vive exclusivamente como respuesta a nuestra humanidad».[17]

En el clima cultural en el que vivimos esto es especialmente importante, porque no hay un camino intermedio. Lo que realmente se necesita es una fe extremadamente consciente, y por eso querida como respuesta a la propia humanidad, a la propia necesidad humana y, por consiguiente, lo que hace falta es una seriedad con la propia humanidad. De lo contrario, si no es una respuesta a nuestra humanidad, nuestro corazón seguirá estando lejos de Cristo. Podremos seguir haciendo iniciativas, pero no será suficiente para vencer esta lejanía. Por eso la pri-

mera urgencia que tenemos es esta lealtad, como agudamente observaba Lewis cuando escribía que «como un paso previo para separarle [al hombre] del Enemigo [esto es, de Cristo], tenías que apartarle de sí mismo».[18]

La primera modalidad con la que nos alejamos de Cristo es alejándonos de nosotros mismos. En aquel texto de los Ejercicios de hace veinticinco años, don Giussani citaba una frase del papa Juan Pablo II, que es decisiva también para nosotros, ahora: «No habrá fidelidad […] si no existe en el corazón del hombre una pregunta, para la cual sólo Dios […] es la respuesta».[19] No dice que no habrá fidelidad si no somos buenos, si no somos coherentes, si no tenemos fuerzas, no. No habrá fidelidad –es decir, en el fondo, no nos interesará Cristo–, si no existe una pregunta para la cual sólo Él es la respuesta. Si esta pregunta no está arraigada en lo más profundo de nuestro yo y si no somos leales con ella, Cristo antes o después dejará de interesarnos: como muchos otros, nos iremos también nosotros. Por eso la primera lealtad es con nuestra humanidad, con nuestro grito, con la urgencia de nuestro corazón. Es lo que podemos empezar a pedir para vivir estos días con la tensión a dejarnos tocar, sorprender por la belleza de Cristo.

Ayudémonos unos a otros, siendo conscientes de lo grande que es nuestra debilidad, de cuán grande es nuestra fragilidad, en el silencio, que sea como un grito de cada uno de nosotros por nuestros compañeros, al entrar y al salir del salón y en los desplazamientos en los autocares. Ofrezcamos este sacrificio como la expresión de nuestra pobreza, pidiendo al Señor que tenga piedad de nuestra nada.

SANTA MISA

HOMILÍA DE DON PINO

Hay una palabra que domina la Liturgia de esta noche: «Padre». Fue el Padre quien resucitó de los muertos Cristo; es el Padre quien ha preparado una morada en Su casa para cada uno de nosotros, una morada donde nos esperan don Giussani y muchos de nuestros seres queridos.

No somos siervos, no somos discípulos, sino que somos hijos. Somos hijos porque existe un Padre que nos genera continuamente. Esta certeza no puede convertirse en costumbre, rutina o presunción.

Tenemos en la boca la misma preguntas de Tomás, una de esas preguntas a las que sólo Dios puede responder, a las que sólo Cristo responde: «Muéstranos el camino» (Cfr. *Jn* 14, 5), muéstranos el camino hacia la felicidad, hacia el cumplimiento de nuestra vida. Porque nada sucede mecánicamente, nada sucede sin nuestra libertad, sin nuestro deseo y la responsabilidad por nuestro destino. Estamos aquí para esto. Responde Jesús: «Yo soy el camino» (*Jn* 14, 6), no sólo la verdad y la vida, sino el camino; no «un» camino, sino «el» camino.

Ésta es nuestra certeza, ésta es nuestra alegría, éste es nuestro grito.

Sábado 5 de mayo, mañana

A la entrada y a la salida:
Ludwig Van Beethoven, Concierto para violín y orquesta en re mayor op. 61
David Oistrakh, violín
André Cluytens – Orquestre National de la Radiodiffusion Française
"Spirto Gentil", EMI

Don Pino. «Donde está tu tesoro, allí estará también tu corazón». El anuncio del ángel, que para cada uno de nosotros tiene la forma concreta, el rostro de esta compañía guiada hacia el destino, nos despierta, no sólo del sueño material, sino también del sueño de la distracción, del sueño de la presunción y nos hace mirar cómo aquella mujer, María, se conmueve ante las palabras a través de las que el Misterio abre su libertad pidiendo que le acoja en su carne, como compañero de cada instante, de cada paso, como contenido total de cada deseo del corazón

Angelus

Laudes

■ PRIMERA MEDITACIÓN

El hombre es relación exclusiva con Dios

Una mirada reveladora de lo humano

Julián Carrón. «Si no os hacéis como niños, nunca entraréis».[20] Es imposible no conmoverse hasta la médula al escuchar que de esta posición del niño depende todo en la vida, absolutamente todo. Por eso se comprende la conmoción que sentía Jesús mirando a los que tenía delante, con esa capacidad Suya de percibir el drama del hombre, de penetrar en el drama de los que tenía delante. Se comprende lo que sería la vida y la plenitud que podría alcanzar, si Le dejáramos entrar –sería suficiente ser como niños para dejarle entrar– y si entendiéramos que Él llega hasta las lágrimas, no por sentimentalismo, sino por la pasión por aquel que tenía delante, tanto es así que el Evangelio repite casi como un estribillo: «Y tuvo compasión». Compasión. ¡Qué ternura provocaba

el hombre en el corazón de Jesús, hasta llegar a conmoverle! ¿Y qué es lo que veía Jesús para conmoverse de ese modo? La necesidad, nuestra necesidad. El hombre coincide con esta necesidad, con esta hambre y esta sed a las que no puede responder solo, a las que ninguno de nosotros puede responder solo. Por eso es normal que cuando una persona encuentra a alguien así, no pueda no sentir inmediatamente que era lo que esperaba, que era a Él, justamente a Él, a quien esperaba.

¿Qué es lo que sorprendemos mirando a Jesús? «Cristo era *el único* en cuyas palabras se sentía comprendida toda su experiencia, sus necesidades se veían tomadas en serio y sacadas a la luz cuando estaban inconscientes y confusas».[21] Lo que sorprendemos en Jesús es esta mirada llena de simpatía por lo humano, por la felicidad de la persona, por cada uno, con nombre y apellidos.

¡Qué diferencia entre esta mirada y la que nosotros tenemos muchas veces sobre nosotros, de manera que reconocer que estamos necesitados nos parece una debilidad que hay que esconder, esconder incluso a nosotros mismos, casi de la que tener vergüenza, tanto es así que consideramos nuestra condición de estar necesitados, de mendigos, como una etapa que hay que superar; y es como si detrás de esta concepción, de esta mirada sobre nosotros mismos, se escondiera la mentalidad de todos: el sueño no confesado de no estar necesitados, de no tener necesidad, que el ideal sea la autonomía, ser autosuficientes (como todos; ¡nada nuevo!). Se entiende, entonces, por qué nuestro corazón permanece lejano de Cristo. ¡Qué lejanos estamos de Quien nos ha engendrado!

En cambio, el verdadero protagonista de la historia es el mendigo: «Cristo mendigo del corazón del hombre, y el corazón del hombre, mendigo de Cristo».[22] ¡Qué cambio de nuestra mirada es necesario para lograr mirarnos así! Qué familiaridad, qué convivencia con una mirada distinta se necesita para llegar a mirar nuestra humanidad con la misma simpatía con la que nos hemos sentido mirados siempre por don Giussani.

Yo no quiero ser autosuficiente, yo quiero sentir la urgencia dentro de mi corazón, la necesidad de Cristo hasta llegar al llanto, para abrirme a Él, para experimentar el poder de Su presencia, la plenitud que puede alcanzar la vida cuando, como necesitados, Le dejamos entrar. Hay algo mucho peor que estar necesitados: estar solos con nuestra autosuficiencia. Pensad por un instante si preferís tener necesidad de las personas que amáis, de la compañía de los hijos, de los amigos, o si preferís estar solos.

Todos nosotros, en algún momento de nuestra vida, hemos hecho experiencia de esta mirada, que es lo que nos ha atraído. Pero, ¿qué es lo

que ve Jesús en nosotros que nosotros no somos capaces de ver? ¿Qué es lo que percibe Él en nosotros que hace que se conmueva hasta la médula por nosotros? Es aquí donde podemos releer juntos el capítulo que cité ayer, «La concepción que Jesús tiene de la vida»,[23] para ayudarnos a entender, a mirar, a identificarnos con esa mirada, para descubrir quiénes somos y para descubrir quién es Cristo, porque en esa mirada es donde mejor se desvela quién es Él y, al mismo tiempo, se nos desvela a nosotros quiénes somos.

«¿Quién es Jesús? La pregunta se hizo. Y Él respondió. Respondió desvelándose a través de todos los gestos de su personalidad [de sus obras, de sus milagros]. Pero el "gesto" más iluminador y, por tanto, el "signo" más significativo es la concepción que una persona tiene de la vida, el sentimiento global y definitivo que tiene del ser hombre. Sólo lo divino puede "salvar" al hombre; es decir, las dimensiones verdaderas y esenciales de la figura humana y de su destino sólo pueden ser "conservadas", esto es, reconocidas, proclamadas y defendidas por Aquel que es su sentido último».[24]

Es Su mirada cargada de ternura hacia nosotros la que nos desvela quién es Jesús. ¿Cómo nos lo desvela? No con un discurso o con una explicación, sino con esa mirada cargada de estima por cada uno de nosotros. Cristo desvela quién es despertando al hombre, haciendo que se manifiesten todos sus factores. Por eso –dice don Giussani– sólo lo divino puede salvar al hombre, puede hacer que se manifieste todo lo que somos, puede hacer que experimentemos lo que puede ser la vida, la plenitud que puede alcanzar, para que podamos decir cuándo Cristo está, no porque "decimos" Su nombre (se puede decir de manera formal, vacía); sabemos que está, que Cristo está presente porque hace que se manifieste todo nuestro yo, porque nos trae una plenitud que nosotros no podemos alcanzar solos. Por eso hacemos experiencia del presentimiento de lo divino en una mirada así.

Dice Tarkovski: «Tú lo sabes bien: no logras hacer algo, estás cansado, no puedes más. Y, de repente, encuentras entre la muchedumbre la mirada de alguien –una mirada humana– y es como si te hubieses acercado a un divino escondido. E inesperadamente todo es más sencillo».[25]

Sólo lo divino puede salvar todo el valor de una persona. Encontrar a un hombre que tiene esta capacidad de afirmar lo humano en todas sus dimensiones es un espectáculo tan único, tan imponente, es un signo tan significativo, tan iluminador que se hace más sencillo reconocerle, porque encuentra inmediatamente una correspondencia con nuestra necesidad humana.

Pero atentos a cómo actúa Cristo: primero nos lo hace percibir en nuestra humanidad y desvela lo que somos haciéndolo suceder. ¡Mucho más que un discurso o de una lección de filosofía! Hace que suceda dentro de nosotros, en nosotros. Por eso podemos entender la gran novedad que supone la concepción que Jesús expresa de la vida, porque «en la concepción de la vida que Cristo proclama, en la imagen que da de la verdadera estatura del hombre, en la mirada realista que tiene sobre el ser humano: aquí es donde el corazón que busca su destino percibe la verdad en la voz de Cristo que habla».[26]

Por eso es normal que Guillermo de Saint-Thierry preguntara: «Habla, y dile a ella y a su corazón: *tu salvación soy yo* (*Sal* 34,3). Díselo para que lo sienta, inspíraselo para que lo perciba, dáselo para que lo tenga, para que todo lo que está dentro de ella te bendiga».[27]

O que san Agustín afirmara: «Decidme, Dios mío y Señor, por vuestra infinita misericordia, lo que Vos sois para mí. Responded diciendo a mi alma: yo soy tu salvación. Mas decídselo de tal modo que lo oiga bien y lo entienda. He aquí, Señor, delante de Vos, los oídos de mi corazón: abridlos Vos y decid a mi alma: yo soy tu salvación. Que al oír esta voz, yo correré siguiéndola y me abrazaré con Vos».[28]

En una frase don Giussani reúne todos los factores: «El corazón "moral" capta el signo de la Presencia de su Señor».[29] Esto, que nos cuesta entender, sucede: la relación entre el corazón, entre mi necesidad humana, entre mi desproporción y Su presencia. Aquí se ve cuál es la posición de nuestro corazón, porque únicamente el corazón moral, es decir, leal consigo mismo, pobre, sencillo, no separado de sí mismo, leal con la propia humanidad, con la propia necesidad humana, es capaz de captar, de reconocer a su Señor. Menos mal que estamos necesitados, de lo contrario ¿cómo podríamos reconocerle? Nuestro corazón necesitado es el principal instrumento que se nos ha dado para reconocerle. Por eso podemos comprender.

1. El valor de la persona

¿Qué es lo que ve Cristo para que, con su mirada, se manifieste, nos haga experimentar, sentir dentro de nosotros el valor de nuestra persona?

«Un factor fundamental de la mirada de Jesucristo es la existencia en el hombre de una realidad superior a cualquier realidad sometida al tiempo y al espacio; la persona humana más pequeña vale más que el mundo entero; no tiene nada que se le pueda comparar en el universo,

desde el primer instante de su concepción hasta el último paso de su vejez decrépita. Todo hombre posee un principio original e irreductible, fundamento de derechos inalienables y fuente de valores».[30]

Jesucristo ve en nosotros, en ti, en mí, una realidad superior, un principio original e irreductible, del que nuestra necesidad, nuestro deseo, nuestra desproporción es el primer reflejo; nuestra necesidad, nuestro deseo, que nosotros consideramos como una debilidad nuestra, es precisamente lo que nos hace irreductibles. Precisamente porque somos deseo indeleble del infinito, somos irreductibles a cualquier reacción, y por eso el valor no se puede confundir con las reacciones que se nos induce a asumir.

¡Cuántas veces entre nosotros, reducimos nuestra persona a nuestras reacciones! Es más, lo justificamos: «Soy así». ¡No! Reacciono así porque quiero reaccionar así, porque yo no soy una pieza de un mecanismo, yo no estoy atrapado en el mecanismo de las circunstancias, en mis reacciones: yo soy esta relación única que me hace irreductible. Esto debemos afirmarlo y tomar conciencia de ello, porque el primer modo con el que la mentalidad que nos rodea influye sobre nosotros es precisamente esta reducción en la manera de concebirnos a nosotros mismos, reduciéndonos –como todos– a los factores antecedentes, a nuestras reacciones, a nuestros mecanismos. ¡No! ¡Podemos reducirnos tanto como queramos, pero nosotros no somos esto! Nosotros somos esa realidad irreductible que es relación con el Misterio.

Por eso Ernesto Sábato dice: «La primera tragedia que hay que afrontar con urgencia es la pérdida del valor de sí mismo que experimenta el hombre».[31] Lo primero de lo que debemos liberarnos es de esta reducción a un automatismo, porque «todo lo que en el hombre es personal –afirma Berdiaev– se rebela al automatismo psíquico y social».[32]

¿Cómo podemos vencer este automatismo? Si encontramos a alguien que no pasa de nosotros, que no nos reduce. Por eso tenemos que leer estas afirmaciones intentando entender toda su importancia. Para Jesús «el problema de la existencia del mundo es la felicidad del hombre concreto».[33]

Y ¿cómo descubrimos que Jesús quiere verdaderamente la felicidad del hombre concreto? ¿Cómo impide la reducción de nuestro yo? De un modo muy sencillo, haciéndonos esta pregunta: «¿De qué le servirá al hombre ganar el mundo entero, si arruina su vida? O ¿qué puede dar el hombre a cambio de su alma?».[34]

¿Por qué uno que nos hace esta pregunta nos quiere de verdad? Porque no nos deja que reduzcamos nuestro yo, nuestra necesidad, reconoce la pasta de la que estamos hechos, es como si dijera: «¡Mira quién

eres! ¡Mira lo que desea tu corazón! ¡Dime si te conformas con menos de esto! ¡Dime si te basta el mundo entero!».

Por eso don Giussani veía en esta pregunta una ternura del otro mundo: «Ninguna ternura de amor paterno o materno han llenado el corazón del hombre más que estas palabras de Cristo, apasionado por la vida del hombre»,[35] ninguna jamás. Nosotros sorprendemos a un hombre que tiene pasión por nuestra nada, porque nos mira sin reducirnos, amando toda la exigencia de felicidad que nos constituye. Uno, sintiéndose mirado así, experimenta inmediatamente el impacto que le hace captar la correspondencia. «¡Esto es lo que estaba esperando: uno que me mirara así, que amara verdaderamente mi yo, que me afirmara así, que me hiciera experimentar la vida como nunca antes!».

Por eso don Giussani continua: «La escucha de esas últimas preguntas planteadas por Jesús representa la primera obediencia a nuestra naturaleza [uno que te hace esta pregunta es el Único capaz de describir nuestra naturaleza]. Si nos hacemos sordos a ellas, nos perdemos las experiencias humanas más significativas. No nos podremos amar de verdad a nosotros mismos y seremos incapaces de amar a cualquier otro. Pues el motivo último que nos lleva a querernos a nosotros y a querer a los demás es el misterio del *yo*; cualquier otra razón remite a entrar en ésta».[36]

¡Qué lejos estamos de esto como mentalidad! Cuando tenemos problemas en las relaciones (matrimonios, amigos, compañeros de Fraternidad), lo último que se nos pasa por la cabeza es que pueda tener que ver con esta falta de obediencia a estas preguntas que definen nuestra naturaleza. Sordos a estas preguntas últimas, nos perdemos las experiencias humanas más significativas. ¿Os dais cuenta de cuál es el desafío y de lo lejos que estamos de esto?

2. La dependencia original

¿Cuál es este valor del yo? ¿Cuál es su fundamento?

«La evidencia última de la vida, inmediatamente después del hecho de que se existe, es que antes de tener vida no la teníamos. Es decir: somos dependientes».[37] Os ruego que no paséis por encima de estas frases como si fueran cosas que ya sabemos. Basta simplemente con pensar en cuál fue la última vez que sentimos realmente nuestra dependencia, la verdad de nosotros mismos hasta llegar a reconocer que dependemos, hasta llegar a sentir el estremecimiento de esta dependencia.

Porque «Cristo pone de manifiesto en el hombre una realidad que no deriva de la proveniencia fenomenológica de éste, una realidad que está

en relación directa y exclusiva con Dios».[38] El valor del yo, el valor de cada uno de nosotros, es que es relación directa, exclusiva con Dios, cuyo reflejo –como decía antes– es la necesidad, es nuestro ser mendigos.

El hecho de que nosotros seamos esto, que Jesús ve en nosotros lo que somos, esta dependencia, que somos relación directa con Dios, es lo que hoy nuestra cultura pone en tela de juicio. Mirad lo que escribe Rorty: «No existe nada profundo en nuestro interior que no sea lo que nosotros mismos hemos puesto, ningún criterio que no hayamos creado nosotros durante una práctica, ningún canon de racionalidad que no se remita a este criterio, ninguna argumentación rigurosa que no sea la observancia de nuestras mismas convenciones».[39]

Nada «dado». Todo «convención». La lucha es contra esto, porque a nosotros nos cuesta igual que a todos reconocer el dato y pensamos que las cosas son convenciones, que podemos tirarlas a la papelera, que no pasa nada. Esto abre la puerta a cualquier manipulación, como vemos en todas las discusiones, hasta la eugénetica (como podéis ver en el texto del suplemento de *Tracce*, en algunos de los artículos sobre la familia y los modelos "alternativos"). Hoy se pone en tela de juicio lo humano, como decía Juan Pablo II con una expresión preciosa: es una «disputa sobre el *humanum*», está en juego la naturaleza misma del ser humano, su existencia, su identidad.

Por eso afirmar que nosotros somos esta relación directa con el Misterio es la única posibilidad de defender al hombre tal como ha sido hecho, con ese deseo de plenitud, de felicidad que encontramos dentro de nosotros. Ésta fue siempre una defensa a ultranza de don Giussani: «El hombre tiene algo que no depende de sus antecedentes, que no le dan su padre o su madre […] no termina [por lo tanto] en sus antecedentes, sino que su realidad tiene algo que depende […] únicamente de Dios. En él hay algo que es relación directa con el Infinito, relación directa con el Misterio».[40] Y decía en otra ocasión: «Desde que era joven es uno de los sentimientos que intento alimentar y renovar más a menudo, que en este instante yo no me hago por mí mismo».[41]

Si no queremos sucumbir a la mentalidad dominante, o empezamos a identificarnos con don Giussani, venciendo nuestra presunción, empezando como pobres hombres a alimentar y a renovar más a menudo la conciencia de que no nos hacemos a nosotros mismos, o acabaremos teniendo la mentalidad de todos: bien mirado, detrás de todas nuestras afirmaciones, somos como todos. ¿Por qué? Porque nosotros podemos –decía ayer, citando a don Giussani– incluso estar entre nosotros, en este lugar que nos ha fascinado, sin tomar en serio nuestra necesidad,

con pasividad, sin hacer nada, porque todo, a nuestro alrededor, favorece esta inercia.

Escribe Octavio Paz: «Lo único que une a Europa es su pasividad frente al destino».[42] Pasividad que no puede no tener consecuencias. Decía un periodista americano frente a la masacre del Instituto Tecnológico de Virginia: «"La posición por defecto" [la actitud normal y casi automática] es una pasividad terriblemente exasperante. Por suerte, los inadaptados solitarios con manías asesinas son más bien raros. Pero esta pasividad detestable y corrosiva se encuentra difundida por todas partes y, a diferencia del asesino psicópata, representa una amenaza existencial para la sociedad».[43]

Don Giussani ya había identificado bien el comienzo de este proceso que se dio hace algunos siglos, en «una posibilidad permanente del alma humana, [...] de faltar al compromiso auténtico, al interés y a la curiosidad hacia lo real en su totalidad».[44] La falta de compromiso con lo que somos no es algo que no nos ataña. Se ve en las muchas veces en las que, incluso participando en nuestros gestos, lo hacemos todo, pero el centro del yo está parado.

Me contaba una persona que una amiga, después de haber cogido el autocar para ir a Roma a la Plaza de San Pedro la noche del viernes y de haber pasado toda la noche en el autocar, llegó a Roma y después de mucho esfuerzo ocupó su sitio: parecía que lo había hecho todo, y con sorpresa, cuando yo hablé del mendigo, se dio cuenta de que no había hecho lo más importante.

Podemos coger un autocar, hacer un montón de kilómetros, fatigas enormes, gastar dinero, y estar parados, bloqueados en el centro de nuestro yo, sin movernos. Esto es la pasividad. Y podemos estar en nuestra compañía y estar reducidos a los factores antecedentes, a nuestras reacciones, sin tomar conciencia de que yo soy relación con el Misterio, de que hasta que no pongo en movimiento esto, hasta que no pongo en juego el centro de mi yo, lo que es más yo que yo mismo, mi yo está parado, y esto no puede no conllevar consecuencias. Si queréis verlas todas, basta con que os leáis el capítulo octavo de *El sentido religioso*, en el que don Giussani describe cuáles son las consecuencias de esta falta de compromiso con nuestras preguntas: la anulación de la personalidad, la depresión de la personalidad. Podemos participar incluso en muchos de nuestros gestos, y ver como nuestra personalidad se adormece, y luego encima decimos: «No he hecho nada». Éste es el problema. Es como uno que no usa el brazo durante dos semanas: no ha hecho nada, pero todos sabemos qué consecuencias tiene esa pasividad.

En cambio, la afirmación de la persona por parte de Jesús depende de una actividad, porque «esa relación irreductible es de un valor inaccesible e inmune a cualquier género de influencias».[45] Debemos releer estas cosas, una tras otra: nuestro yo es irreductible, inmune. Por eso debemos dejar de decir: «No puedo». ¿Qué circunstancia puede impedirle a uno levantar la mirada –como decía don Giussani en uno de los últimos textos publicados en *Huellas*–[46] y decir «Tú» al Misterio? Ningún poder de este mundo puede impedirlo, como tampoco puede forzarlo: ésta es la grandeza, éste es el valor único de nuestra persona.

Por eso «una relación de ese tipo, única, en cuanto que es reconocida y vivida, se llama *religiosidad*».[47] No basta con ser así (porque lo somos, a pesar de nosotros mismos, incluso en nuestro olvido somos así, estamos hechos por Otro con esta relación única con Él), sino que cada uno de nosotros tiene que reconocerlo. Esta «relación, única, en cuanto que es reconocida y vivida, se llama *religiosidad*».[48] Por eso don Giussani habla de la indomable insistencia de Jesús en esta religiosidad, este modo de vivir el propio yo como relación con el Misterio, porque en esta relación con el Misterio, con el Padre, Jesús veía la única posibilidad de salvaguardar el valor de la persona concreta. Jesús veía en la relación con el Padre esta posibilidad. Por eso don Giussani decía: «La religiosidad cristiana se plantea como condición única de lo humano», no para llegar a ser un poco más "píos", para llegar a ser un poco más "espirituales", no para ser un poco más de "CL", sino como condición de lo humano.

Esta indomable insistencia de Jesús no es sólo una afirmación, sino un tomar continuamente iniciativa respecto a nosotros, haciéndose presente, vivo, delante de nosotros para seguir realizando lo que ha hecho durante su vida terrena: despertarnos de la pasividad, despertarnos haciéndonos experimentar, haciéndonos desear; removiendo todo lo que está parado, pasivo, para volver a despertar todo nuestro yo, para salvar nuestra humanidad. Como dice María Zambrano: «La actualidad plena de lo que somos, únicamente es posible a la vista de otra cosa, de otra presencia, de otro ser que tenga la virtud de ponernos en ejercicio. ¿Por qué hemos de salir de nosotros mismos; cómo, por quién de no estar enamorados?»,[49] es decir, atraídos, fascinados. Esta presencia despierta el conocimiento amoroso, el único capaz de vencer la pasividad. «Una forma de razón –decía– en la que la pasividad, la pasividad total, es rescatada respecto al conocimiento y a ese algo que mueve y genera el conocimiento: el amor».[50] Necesitamos un método de conocimiento «que despierte y se haga cargo de todas las zonas de la vida».[51]

Por eso hemos elegido este título de nuestros Ejercicios, como contenido de método: «Cristo me atrae por entero, ¡tal es su hermosura!». Sin Su belleza que lo atrae todo de mí, toda mi entereza de hombre, yo no puedo ser yo mismo, decaigo, me vuelvo pasivo, deprimo mi personalidad.

Cristo está, pero hay que reconocerle. Lo vimos en Roma; y lo podréis volver a ver en el DVD «Atraídos por la Belleza de Cristo».[52] Pero es necesario no ver solamente la superficie de lo que hemos vivido: no sólo la organización de CL, sino el poder de Su presencia. Porque si no llegamos a reconocer Su presencia, regresamos a casa y no ha cambiado nada: como muchos habéis empezado a percibir, la realidad luego es la misma y la desilusión es todavía mayor.

Por eso es providencial que tengamos delante el texto de la Escuela de comunidad sobre el poder del Espíritu,[53] porque el poder del Espíritu es lo que nosotros tenemos que seguir pidiendo, porque podemos ser como los discípulos, que habían encontrado una Personalidad excepcional, pero no habían comprendido; y nosotros podemos haber participado en un gesto excepcional y no haber comprendido.

Debemos seguir pidiendo este acontecimiento del Espíritu, para poder identificarnos cada vez más con lo que ha sucedido, con lo que puede cambiar nuestra mirada. «El conocimiento nuevo nace de la adhesión a un acontecimiento, del *affectus* a un acontecimiento al que nos apegamos»[54] («del que nos enamoramos», decía María Zambrano). Nuestra razón no se impone como "medida" sólo si se amplía, si está determinada por un acontecimiento, por un *affectus*, por la presencia viva de Cristo, por su Belleza, que es la que impide que veamos triunfar la medida, la pasividad, e impide ver cómo nuestra humanidad decae continuamente, hasta la depresión.

Una mirada, es tener la mirada fija, apegada, lo que nos impide reducirnos. ¿Cómo podemos mantener esta posición? Sólo si ese acontecimiento sigue siendo contemporáneo. «El conocimiento nuevo –decía don Giussani– implica, por tanto, que nos mantengamos contemporáneos al acontecimiento que lo produce y continuamente lo sostiene».[55] Si la presencia de Cristo no está constantemente presente, despertando nuestro yo, nosotros no podemos salir adelante. Por eso es tan valiosa la observación del Papa: una fe profunda y personalizada podrá estar arraigada únicamente en el Cuerpo vivo de Cristo, en la Iglesia, que garantiza la contemporaneidad de Jesús con nosotros.

Estar en esta compañía nos capacita para mirar lo real y para mirarnos a nosotros mismos sin reducirlo ni reducirnos. Pero, atentos: estar en es-

ta compañía donde acontece de nuevo la contemporaneidad no significa estar pasivamente, no significa ser presuntuosos estando pasivamente. Decía don Giussani hace años: «Si seguimos el movimiento sin esta conversión de la autoconciencia, sin que Cristo, la memoria de Cristo se convierta en el contenido, sin que Cristo se convierta en el contenido de la conciencia de nosotros mismos, es decir, sin memoria, seguir el movimiento se convierte en seguir a una asociación»,[56] y una asociación no sirve para mucho.

Por eso la religiosidad cristiana –insiste don Giussani–, es decir, una religiosidad, una apertura suscitada constantemente por la presencia de Cristo, por esta contemporaneidad de Cristo, es la única condición de lo humano. ¡En este amor a Cristo presente entre nosotros, nos jugamos nuestra humanidad, nos jugamos nuestra vida! Por eso podemos vivir la religiosidad – como Jesús nos llama a hacer – en toda su verdad justamente gracias al encuentro con Cristo y a la permanencia en su Iglesia, que nos despierta continuamente y nos estimula cada vez más a relacionarnos con la realidad con toda la apertura de la razón y nos impide sucumbir definitivamente a la pasividad o al racionalismo, nos induce a ampliar constantemente la razón. Por eso, dice Jesús, esta relación definitiva con Dios nos conviene para salvar nuestra persona.

Por eso, amigos, estamos ante una elección. «La elección del hombre radica en concebirse como libre de todo el universo y sólo dependiente de Dios, o como libre de Dios, y entonces se hace esclavo de cualquier circunstancia».[57] De manera que cuando nos sentimos esclavos, no echemos las culpas a las circunstancias, al mundo entero, o a alguno sobre el que descargar todas las responsabilidades, sino empecemos a pensar que ser esclavos en una circunstancia, "sentirnos atrapados", sentir que nos ahogamos, depende de esta falta de dependencia del Misterio.

¡Cuánto, pero cuánto malestar, cuánta pérdida de tiempo, cuántas quejas, cuánta violencia nos ahorraríamos si comprendiéramos estas cosas! Basta con hacer la Escuela de comunidad. Porque «la superioridad del yo se funda en la dependencia directa del principio que le da origen y da origen a todo, esto es, de Dios. La grandeza y la libertad del hombre proceden de la dependencia directa de Dios, condición para que el hombre se realice y se afirme. [...] La vivencia de la dependencia de Dios, es decir, la religiosidad, es la prescripción más apasionada que Jesús da en su Evangelio».[58]

3. La existencia humana

Concluye don Giussani: «La insistencia en la religiosidad es el primer deber absoluto del educador, es decir, del amigo». Esto es un amigo, todos los demás lo son formalmente. Uno es amigo si abre esta religiosidad, si la despierta, no si la apaga, no si la bloquea, no si la intenta resolver: éste último no es un amigo, sino un connivente. Preguntémonos cuántos amigos tenemos que lo sean de verdad, es decir, alguien que nos despierta constantemente esto, que nos despierta la herida, el drama de la vida, que nos despierta la pregunta: «¿De qué le servirá al hombre ganar el mundo entero, si arruina su vida?». Quién nos diga esto es un amigo.

4. Una conciencia que se expresa en súplica

Esta conciencia se expresa en petición. «La expresión de la religiosidad en cuanto conciencia de la dependencia de Dios se llama oración». Subrayo tres puntos al respecto:

a) «La oración es la conciencia última de nosotros mismos, como conciencia de [esta] dependencia constitutiva. Ella representaba la urdimbre del sentimiento de sí que tenía Cristo».[59] Por eso la oración es darme cuenta de lo que soy: «Te he amado con amor eterno y he tenido piedad de tu nada» (Cfr. *Jr* 31, 3). Conciencia de nosotros mismos, no rezar inconscientemente, no rezar por rezar. Pensad cuándo fue la última vez que, rezando, habéis tomado realmente conciencia de vosotros mismos hasta llegar a conmoveros. ¡Es mucho más que un simple gesto "piadoso"! La oración es esta conciencia total que llega hasta el origen, que hace que nos conmovamos;

b) «En la oración resurge y toma consistencia la existencia humana».[60] Es imposible que uno haga esto y su yo no resucite y adquiera consistencia. «Estupor devoto, respeto, sometimiento amoroso en un gesto de entendimiento: he ahí el alma de la oración».[61] ¡Todo lo contrario que cansarse! Estupor devoto, sometimiento amoroso, conmoción última: esto es la oración.

Por eso, cuando uno toma conciencia de esto, «desaparece la soledad […]. La existencia se realiza sustancialmente como diálogo con la gran Presencia que la constituye, [con este] compañero inseparable. [Estad atentos, ahora] La compañía está *en* el yo, no existe nada que hagamos solos. Toda amistad humana es reflejo de la estructura original del ser y, si lo niego, peligra su verdad. En Jesús, el Enmanuel, el "Dios con no-

sotros", la familiaridad y el diálogo con quien nos crea en cada instante se convierte no sólo en trasparencia iluminadora, sino también en compañía histórica».[62] Y la compañía histórica nos es dada para que esto llegue a ser más transparente, no para sustituirnos.

Por eso necesitamos no sólo la oración como dimensión, sino el acto de la oración como entrenamiento necesario a esta conciencia, hasta que llegue a ser familiar. Y he aquí la promesa: «La cima más alta de la oración no es el éxtasis, es decir, una conciencia del fondo tal que uno pierde el sentido de lo ordinario; sino más bien ver el fondo del mismo modo que se ven las cosas ordinarias».[63]

¡Nada que ver con ser visionarios! Ésta es la mística cristiana: ver el fondo, ver el origen, no quedarse en la apariencia, de modo que el fondo de todo, de nosotros mismos y de lo real, llegue a ser transparente como las cosas ordinarias.

¡Cuánto hace falta ampliar la razón para ver el fondo del mismo modo que se ven las cosas ordinarias! ¡Qué entrenamiento es necesario para usar la razón según su verdadera naturaleza de razón, hasta llegar a la familiaridad con el Misterio que ve el fondo del mismo modo que se ven las cosas ordinarias!;

c) «La expresión plena de la oración es la de ser *petición*».[64]

«¡Todo parece tan complicado!–decía Camus en *Calígula*–. Sin embargo, ¡todo es tan sencillo! Si yo hubiera conseguido la luna, si bastara el amor, todo habría cambiado. ¿Pero dónde saciar esta sed? ¿Qué corazón, qué dios tendrían para mí la profundidad de un lago? Nada hay en este mundo ni en el otro, hecho a mi medida. Sin embargo, sé que bastaría que lo imposible exista. ¡Lo imposible! Lo he buscado en los límites del mundo, en los confines de mí mismo, he tendido mis manos».[65]

Aquí está todo: «He tendido mis manos». Deseamos lo imposible. Por eso, puesto que no podemos dárnoslo por nosotros mismos, toda nuestra esperanza es tender las manos.

SANTA MISA

SALUDO INICIAL DEL EX.MO MONSEÑOR STANISLAW RYLKO, PRESIDENTE DEL CONSEJO PONTIFICO PARA LOS LAICOS

Queridos amigos, con gran alegría me encuentro una vez más entre vosotros en este tiempo extraordinariamente intenso de los Ejercicios espirituales anuales de vuestra Fraternidad. Me conforta el alma veros tan numerosos y tan íntimamente unidos ante el Misterio de la Eucaristía: pueblo sacerdotal, profético y real, es decir, Iglesia...

«Cantad al Señor un nuevo canto, porque ha obrado maravillas» (*Sal* 97, 1), exhorta el Salmista. La historia de la Fraternidad de Comunión y Liberación es una historia verdaderamente rica de maravillas del Señor. Muchos tendremos todavía durante mucho tiempo, muy vivas, en la memoria y en los ojos las imágenes del conmovedor testimonio de fe que el sábado 24 de marzo pasado los hijos espirituales de don Luigi Giussani dieron ante toda la Iglesia durante la audiencia del Santo Padre Benedicto XVI por el vigésimo quinto aniversario del reconocimiento pontificio de la Fraternidad. En ese pueblo reunido en oración para escuchar la palabra del Papa, que abarrotaba la Plaza de San Pedro y la Via della Conciliazione, sin preocuparse por la lluvia casi incesante, se hizo visible de modo tangible el carisma de Comunión y Liberación.

Con el corazón todavía desbordante de gratitud al Señor por el don de ese encuentro, preparémonos ahora a la celebración de la Eucaristía mediante un acto de arrepentimiento sincero por nuestros pecados.

Confieso a Dios todopoderoso...

HOMILÍA

«Señor, busco tu rostro...» (*Sal* 27, 8)

1. *Los ejercicios espirituales, retorno a lo esencial de la vida*...

El tiempo de los ejercicios espirituales, tan esperado por cada uno de vosotros, es un tiempo intenso para la vida de todo el movimiento que cada año se reúne en Rímini durante este periodo para ponerse delante del Señor en el silencio del recogimiento, en la oración, en la escucha de la Palabra y en la meditación. Es un tiempo en el que se nos concede volver a experimentar esa comunión profunda que hace de vosotros

una compañía, una gran familia, "un solo cuerpo y una sola alma". Y es un *kairos*, un tiempo en el que pasa el Señor y, por consiguiente, de retorno a lo esencial. Vienen a la cabeza las palabras de Cristo a Marta: «Marta, Marta, te preocupas y te agitas por muchas cosas; y hay necesidad de pocas, o mejor, de una sola» (*Lc* 10, 41). Hoy más que nunca, nuestra existencia corre el riesgo de quedarse en un activismo sin freno que hace que estemos distraídos, que seamos superficiales, que olvidemos lo que de verdad cuenta. Los estilos de vida que propugna la cultura dominante erosionan la fe y endurecen el espíritu. Los ejercicios espirituales son, pues, una gran oportunidad que se nos da para volver a plantearnos qué es lo esencial y para emprender un camino de búsqueda personal de las respuestas verdaderas teniendo la mirada fija en Aquel que es la respuesta que Dios ha dado a los anhelos más profundos del corazón del hombre: Cristo. Dice el Salmista: «Señor, busco tu rostro» (*Sal* 27, 8), y también: «Buscad al Señor y su poder, id tras su rostro sin tregua» (*Sal* 105, 4). La vida cristiana es una búsqueda continua del rostro de Cristo en la que somos siempre principiantes y, por lo tanto, necesitamos maestros que nos enseñen cómo buscarlo... Por eso, es grande la gratitud que sentimos por el Santo Padre que, con su libro *Gesù di Nazaret*, ha querido hacernos partícipes de su búsqueda, personal y apasionada, del rostro de Cristo, en la que fe y razón se sostienen mutuamente apoyándose sobre el fundamento seguro de la Palabra revelada de los Evangelios. Este libro es fruto –como él mismo escribe en la premisa– de «un largo camino interior» (p. 7): del cristiano, del teólogo, del Pastor y, por último, del Pontífice. Nuestra meditación sobre la perícope evangélica de esta Eucaristía se guiará justamente por su palabra de gran maestro en la fe.

2. *La sed de Dios...*

El pasaje del Evangelio que hemos escuchado nos traslada idealmente al Cenáculo en el que Cristo, en su discurso de despedida a los apóstoles, les abre su corazón. El suyo es una especie de testamento en el que cada palabra tiene un peso enorme. El Señor habla a los discípulos de su relación especial con el Padre, desvelándoles su identidad más profunda: Él es el Hijo. Pero a ellos les cuesta entenderlo.

«Señor, muéstranos al Padre y nos basta» (*Jn* 14, 8). La petición de Felipe es expresión de la sed más profunda del corazón del hombre, la sed de Dios. La grandeza del hombre está en un corazón que sólo Dios puede llenar – ¡ninguna otra cosa! Sin embargo, el mundo intenta de todas las maneras excluirlo de su vida, de la vida de las sociedades, de la

cultura. Dios es cada vez más "el gran Ausente" y el Papa advierte: «Sólo la fe en el único Dios libera y "racionaliza" realmente al mundo. Donde desaparece esta fe, el mundo es más racional sólo aparentemente» (p. 208). Sin Dios, el hombre y el mundo son un enigma incomprensible, inexplicable, privado de sentido.

Los ejercicios espirituales son un tiempo realmente privilegiado para reavivar en nosotros la sed de Dios, para fortalecer en nosotros el sentido religioso, el gusto de Dios, el gusto del Misterio. Escribe Benedicto XVI: «El hombre, en el fondo, necesita una única cosa que lo contiene todo; pero antes tiene que aprender reconocer a través de sus deseos y de sus anhelos superficiales lo que en verdad necesita y lo que en verdad quiere. Necesita a Dios» (p. 404). Y explica: «¿Qué trajo Jesús verdaderamente, si no trajo la paz en el mundo, el bienestar para todos, un mundo mejor? ¿Qué trajo? La respuesta es muy sencilla: a Dios [...] Trajo a Dios: ahora conocemos su rostro, ahora podemos invocarlo. Ahora conocemos el camino que, como hombres, tenemos que tomar en este mundo. Jesús trajo a Dios y con él la verdad sobre nuestro destino y nuestro origen; la fe, la esperanza y el amor. Sólo por nuestra dureza de corazón lo consideramos tan poca cosa. Sí, el poder de Dios en el mundo es silencioso, pero es el poder verdadero, duradero. La causa de Dios parece encontrarse continuamente como en agonía. Pero siempre demuestra que es lo que verdaderamente permanece y salva» (p. 67). Las páginas escritas por el Santo Padre tocan nuestra esfera más íntima, orientan nuestra vida, nos despiertan el deseo de rezar con las palabras del salmista: «Mi ser tiene sed de Dios, del Dios vivo; ¿cuándo podré ir a ver el rostro de Dios?» (*Sal* 41-42, 2).

3. *Conocer a Jesús...*

«Señor, muéstranos al Padre y nos basta». A la petición de Felipe, Jesús responde con una pregunta velada de reproche: «¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros y no me conoces, Felipe?» (*Jn* 14, 9). Hoy deberíamos sentir esta pregunta como dirigida a cada uno de nosotros, dejando que nos libre de nuestras falsas certezas, dejando que se insinúe la duda de que quizás no es verdad que ya lo sabemos todo, dejando que nos espolee a no detenernos nunca en nuestro camino personal de búsqueda del rostro del Jesús de los Evangelios: «Y vosotros ¿quién decís que soy yo?» (*Mt* 16, 15). En la *Deus caritas est* el Papa deja intuir la importancia para el cristiano de conocer al Maestro, cuando escribe: « La verdadera originalidad del Nuevo Testamento no consiste en nuevas ideas, sino en la figura misma de Cristo, que da carne y sangre a

los conceptos: un realismo inaudito» (n. 12). El cristianismo es la persona viva de Cristo. Comentando el libro del rabino Jacob Neusner *A Rabbi talks with Jesus*, (Un rabino habla con Jesús), Benedicto XVI cita el pasaje en el que el autor afirma que en sus enseñanzas Jesús no ha olvidado nada, pero ha añadido algo que le da la vuelta a todo: su persona. Y explica que justamente esto es «el punto central del "susto" del judío observante Neusner frente al mensaje de Jesús, y es el motivo central por el que no quiere seguir a Jesús y permanece fiel al "Israel Eterno": la importancia del yo de Jesús en su mensaje, que imprime una nueva dirección a todo [...] La perfección, el ser santos como Dios es santo (cfr. Lv 19,2; 11,44), que pide la *Torah*, ahora consiste en seguir a Jesús» (p. 131).

En el pasaje del Evangelio que hemos escuchado Cristo se presenta como Hijo del eterno Padre, totalmente sometido a él y totalmente igual a él, y de este modo nos consiente mirar su identidad más íntima y con ello en la intimidad del mismo Dios. Escribe el Papa: «Está la originalidad de Jesús. Sólo Él es "el Hijo"» (p. 395). Por eso, «las enseñanzas de Jesús no provienen de un conocimiento humano, cualquiera que sea. Vienen del inmediato contacto con el Padre, del diálogo "cara a cara", de la visión de Aquel que está "en el seno del Padre". Y la palabra del Hijo» (p. 27). Quien camina con Jesús participa necesariamente de la comunión con Dios.

«¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros y no me conoces?». El riesgo de seguir a Jesús, de estar con él sin reconocerle es real. Y las palabras del Señor a Felipe son una amonestación dirigida a todos nosotros y os invito a unirnos a la humilde profesión de fe de Pedro: «Señor, ¿a quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios» (*Jn* 6, 68-69).

ANTES DE LA BENDICIÓN

Carrón. Consiéntame, Sr. Arzobispo, que le dé las gracias en nombre de todos por la constante paternidad con la que nos acompaña desde hace años y, aunque su presencia entre nosotros se repite desde hace tiempo, no por eso es menos fascinante, todo lo contrario. Por eso, gracias de nuevo.

Monseñor Ryłko. Siempre considero como un don poder presidir esta eucaristía, como un momento de recarga espiritual también para mí, no sólo para vosotros, sino también para mí.

Y permitidme que concluya esta eucaristía evocando una vez más la palabra del Papa. Decía hace dos años el Cardenal Joseph Ratzinger: «Lo que más necesitamos en este momento de la historia son hombres que, a través de una fe iluminada y vivida, hagan que Dios sea creíble en este mundo. El testimonio negativo de muchos cristianos que hablaban de Dios y vivían contra Él ha obscurecido la imagen de Dios y ha abierto la puerta a la incredulidad. Necesitamos hombres que tengan la mirada fija en Dios, aprendiendo ahí la verdadera humanidad. Sólo a través de hombres que hayan sido tocados por Dios, Dios puede volver entre los hombres».

Durante estos Ejercicios espirituales Dios pasa entre nosotros. Restituyámosle la importancia que Le pertenece en nuestra vida personal, en el seno de nuestras familias, en nuestro trabajo. ¡Dejemos que en estos días el Señor nos toque de verdad!

Sábado 5 de mayo, tarde

A la entrada y a la salida:
Wolfgang Amadeus Mozart, Concierto para piano en re menor n. 20 K 466
Clara Haskil – piano
Igor Markevitch – Orquestre des Concerts Lamoureux
"Spirto Gentil" Philips (Universal)

Julián Carrón. Damos las gracias al Patriarca de Venecia, el Eminentísimo Sr. Cardenal Angelo Scola, por el mensaje que nos ha enviado:

«Queridos, el atractivo de Jesucristo para nuestra vida nos erige en personalidad en camino: seguros de la meta, pero también conscientes de que ésta exige una tensión continua. En esto radica el *valor del hombre*. Por eso cada uno de nosotros posee una dignidad indeleble, que nada ni nadie puede atacar.

La valiosísima enseñanza del querido Monseñor Giussani, condensada en el maravilloso verso de Jacopone, brilla este año aún más luminosa después del abrazo y las palabras de Benedicto XVI en la memorable audiencia del 24 de marzo pasado. En ella florece para cada uno de nosotros un ímpetu de comunión renovada que seguimos mendigando del Padre como expresión más convincente de la belleza humana.

En el Señor os saludo y os bendigo, Cardenal Angelo Scola».

También nos ha llegado un mensaje del Excelentísimo Monseñor Luigi Negri, Obispo de San Marino-Montefeltro. Saludo a los Excelentísimos Monseñor Paolo Romeo, Arzobispo de Palermo, y Monseñor Gianni Danzi, Arzobispo de Loreto, que están presentes en estos días. Saludo también al Excelentísimo Monseñor Giancarlo Vecerrica, Obispo de Fabriano; al Padre Massimo Cenci, Subsecretario de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, y a Guzmán Carriquiry, Subsecretario del Consejo Pontificio para los Laicos.

■ SEGUNDA MEDITACIÓN

¿De qué sirve la vida, si no para darla?

«¿De qué sirve la vida, si no para darla?». ¡Qué audacia, la de Jesús, en las palabras que acabamos de cantar: «Ve, vende todo lo que tienes y

sígueme».[66] Es casi una súplica, es casi como si mendigara de nosotros: «Mira, si quieres vivir, ve, vende todo lo que tienes y sígueme».

En la Audiencia del 24 de marzo el Papa nos ha lanzado de nuevo a la misión. Y en Verona había descrito cuál era el camino real para la misión: «La fuerte unidad que se realizó en la Iglesia de los primeros siglos entre una fe amiga de la inteligencia y una praxis de vida caracterizada por el amor mutuo y por la atención solícita a los pobres y a los que sufrían hizo posible la primera gran expansión misionera del cristianismo en el mundo helenístico-romano. Así sucedió también posteriormente, en diversos contextos culturales y situaciones históricas. Éste sigue siendo el camino real para la evangelización [es decir, para la misión]. Que el Señor nos guíe a vivir esta unidad entre la verdad y el amor en las condiciones propias de nuestro tiempo, para la evangelización de Italia y del mundo actual».[67]

Una fe amiga de la inteligencia (como hemos visto esta mañana), una praxis de vida caracterizada por el amor (como veremos ahora).

Si la primera parte del capítulo sobre la concepción que Jesús tiene de la vida tenía como punto central que el problema de la existencia del mundo es la felicidad del hombre concreto, la cuestión ahora es como se alcanza la felicidad. Se trata de ayudarnos a entender el camino. Todos los hombres han hecho y siguen haciendo intentos continuos para alcanzar esta felicidad y, por eso, todo el que desea esta felicidad no puede no sentir la provocación de Jesús como un camino con el que confrontarse. Nosotros podemos afrontar esta cuestión como un discurso que ya sabemos o, en cambio, como la ocasión de una verificación, de comparar lo que cada uno de nosotros está viviendo con el camino que propone Cristo para alcanzar la felicidad. Sólo si encontramos el camino podremos llegar a ser testigos ante los hombres, es decir, vivir la misión.

La ley de la vida

El don de nosotros mismos

La ley de la vida, dice Jesús, es el don de nosotros mismos. «Si el hombre como ser [existente, como] (persona), es algo más grande que el mundo [que sus factores antecedentes], como existente, (como dinamismo vivo) –dice don Giussani al principio de este capítulo– [la persona], es parte del cosmos. Por eso el objetivo de su obra, si bien en última instancia es su plenitud, o felicidad, de manera inmediata, sin embargo, es servir al todo del que forma parte».[68]

Esto es lo que tenemos que ayudarnos a comprender: si en última instancia el objetivo último es la plenitud, la felicidad, nosotros alcanzamos la felicidad precisamente a través de este servicio al todo porque, «en cuanto parte del mundo el hombre ha de servirlo, aunque todo el universo tenga como fin ayudarle a alcanzar mejor su felicidad».[69]

Como veis, el desafío es impresionante, porque a nosotros esto nos parece una paradoja, difícil de aceptar, que nos provoca desconcierto, porque muchas veces sentimos el servicio al todo como contrario a nuestra felicidad. Es la paradoja que encontramos en el Evangelio: «En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo, pero si muere, da mucho fruto. El que ama su vida, la pierde; y el que odia su vida en este mundo, la guardará para la vida eterna».[70]

«La existencia humana se desenvuelve en un servicio al mundo, el hombre –dice don Giussani siguiendo esta paradoja del Evangelio– se completa a sí mismo entregándose, sacrificándose. El mejor comentario a este principio cristiano son las palabras de Anne Vercors ante el cadáver de su hija Violaine, en *La anunciación a María* de Paul Claudel: "¿Es acaso el vivir el objeto de la vida? ¿Quedarán atados los pies de los hijos de Dios a esta tierra miserable? ¡No vivir, sino morir […] y dar lo que tenemos sonriendo! ¡Ésa es la alegría, ésa es la libertad, ésa es la gracia, ésa es la juventud eterna! […] ¿Qué vale el mundo comparado con la vida? ¿Y de qué sirve la vida, sino para darla?". La existencia humana es un consumarse "por algo"».[71]

¿Por qué es así? ¿Por qué la vida es un consumarse por algo? ¿De qué naturaleza es este consumarse? La vida es así porque el Misterio, que está en el origen de todo lo que somos, el Misterio de la Trinidad, además de ser relación, es don –lo hemos visto esta mañana–, don conmovido de sí, es caridad. La naturaleza de Dios se desvela al enviar a Su Hijo que mira lleno de compasión nuestra nada: «Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito»; tuvo compasión de ellos.[72] Que Dios, no sólo nos ame con un amor eterno y tenga compasión de nuestra nada, sienta compasión por mí, sino que mande a su Hijo, esto es algo del otro mundo, que expresa la naturaleza de Dios. «Mi corazón se conmueve dentro de mí –dice el profeta Oseas–, y al mismo tiempo se estremecen mis entrañas».[73]

Ésta es la naturaleza de Dios, dice el Papa: « Dios es en absoluto la fuente originaria de cada ser; pero este principio creativo de todas las cosas –el *Logos*, la razón primordial– es al mismo tiempo un amante con toda la pasión de un verdadero amor».[74] Por eso la grandeza del

hombre creado por este Dios que se estremece de compasión es ser don; nos ha creado a semejanza de Dios, por eso su consumarse tiene que convertirse en don. La ley de la existencia, por lo tanto, es amor, don de nosotros mismos.

«Se subraya así lo paradójico de esta ley: la felicidad [se alcanza] a través del sacrificio».[75] ¿Quién no siente casi como un escándalo ante una afirmación de este tipo? La propuesta de Cristo desafía la mentalidad que nos rodea y en la que tantas veces estamos inmersos, que incide también sobre nosotros.

La objeción sobre el *eros* que hace Nietzsche y que el Papa cita en la encíclica *Deus caritas est* se podría extender a todo el resto de la existencia. «El cristianismo, según Friedrich Nietzsche, habría dado de beber al *eros* un veneno, el cual, aunque no le llevó a la muerte, le hizo degenerar en vicio. El filósofo alemán expresó de este modo una apreciación muy difundida: la Iglesia, con sus preceptos y prohibiciones, ¿no convierte acaso en amargo lo más hermoso de la vida? ¿No pone quizás carteles de prohibición precisamente allí donde la alegría, predispuesta en nosotros por el Creador, nos ofrece una felicidad que nos hace pregustar algo de lo divino?».[76]

En este contexto será imposible resistir a la presión de la mentalidad que nos rodea, si nosotros no hacemos otro tipo de experiencia. No basta con oponer el discurso correcto al discurso equivocado para poder vivir en esta situación. Es necesaria una experiencia distinta, una experiencia de plenitud, de lo contrario no resistiremos y antes o después también nosotros sucumbiremos a la mentalidad de todos.

Éste es el desafío y don Giussani responde diciendo: «Cuanto más lo acepta uno [darse], [¡atentos a las palabras!] mayor plenitud experimenta ya en este mundo»:[77] es una experiencia, no en el más allá, sino en este mundo. Son palabras que invitan a la experiencia, a la verificación de esta ley: que el darse da a la vida una mayor plenitud. No es razonando, no es intentando entender la paradoja como uno avanza, sino mirando la experiencia. Nadie nos podrá convencer de esta paradoja teóricamente, o con razonamientos. Sólo se entiende si uno ve que cuanto más ama, más es él mismo, que la vida es don de sí y que en este darse no se pierde, sino que se gana. Esto se intuye cuando, en una relación amorosa, el darse al tú es la plenitud del propio yo; cualquiera que haya amado lo comprende. Cualquiera que haya amado a alguien comprende que cuanto más ama, cuanto más se da al otro, más plenitud experimenta.

Esto nos permite entender cuál es el camino para poner en tela de juicio nuestro modo habitual de movernos, en el que nosotros somos la

medida. Muchas veces oímos decir: «No lo hago hasta que no lo entienda», es decir, primero habría que comprender y después actuar. ¡No! Porque no podemos entender si nuestro criterio es nuestra razón como medida; al contrario, es la experiencia lo que hace que esta ley sea evidente para mí. Por eso don Giussani creó un gesto para ayudarnos a comprender esta ley partiendo de la experiencia: la caritativa. Dice que para entender no basta con saber, hay que actuar.

Éste es el valor educativo, para todos, del gesto de la caritativa, donde uno aprende, verifica la ley de la existencia como don. «Nuestra naturaleza produce la exigencia de interesarnos por los demás. […] Nosotros vamos a "la caritativa" para aprender a cumplir este deber»,[78] dice don Giussani, y allí, encontrando la necesidad del otro, frente a la necesidad que tiene un horizonte único, haciendo experiencia de mi desproporción, empiezo a comprender mi incapacidad de resolverlo y la necesidad se hace más consciente. Por eso, si queremos aprender esta ley, no tenemos que olvidar este gesto educativo fundamental.

Dice don Giussani: «Se nos propone así una personalidad humana resultante de dos componentes: el sacrificio y el amor. "Nadie que haya dejado casa, hermanos, hermanas, madre, padre, hijos o hacienda por mí y por el evangelio, quedará sin recibir ahora en el presente cien veces esas casas, hermanos, hermanas, madres, hijos y haciendas, junto a persecuciones; y en el tiempo venidero, vida eterna."».[79] Ésta es la experiencia de quien empieza a darse: el ciento por uno. Ésta es la promesa: cien veces más. Jesús no quiere decir que en la vida terrena uno tenga que sacrificarse para luego alcanzar la felicidad en el más allá, en la vida eterna, después de la muerte, sino que introducirse en esta dinámica nos permite pregustar aquí, en este mundo, la vida eterna, empezar a participar ahora de la plenitud definitiva.

La ley de la existencia es el don de uno mismo. «Cualquier ley no es otra cosa –sigue don Giussani– que la descripción de un mecanismo estable. También el hombre en cuanto tal (ser consciente y con voluntad) es un mecanismo fundamentalmente fijo. La descripción de esta estabilidad fundamental nos viene dada por la llamada ley moral».[80]

Por lo tanto, hay que entender bien esta ley, este mecanismo estable, porque nosotros muchas veces lo reducimos a un manual de instrucciones, a moralismo: «Esto es malo porque está prohibido por la ley», y pensamos que, en el fondo, si nos saltamos la ley no sucede nada grave. Concebimos la ley como una convención, no como la descripción del dinamismo que corresponde al yo. Como dice Heschel: «El principio último de la ética no es un imperativo sino un hecho ontológico. […]

Un acto no es bueno por el hecho de que nos sentimos obligados a realizarlo. Más bien nos sentimos obligados a realizarlo por el hecho de que es bueno».[81] ¡Nadie, por ejemplo, deja de cortarse el brazo porque va contra el quinto mandamiento! Y el que se lo corta no piensa que simplemente se ha saltado una regla, que no es coherente con una regla, sino que se ha hecho daño a sí mismo. La regla es la descripción de un bien, de lo que soy y de cuál es el modo verdadero, adecuado, de relacionarme conmigo mismo. Sin embargo, muchas veces, nosotros pensamos que la ley, la regla, es sólo algo que nos impide hacer lo que queremos. De manera que ahora que cada cual hace lo que quiere, se acaba en el nihilismo, porque la ley no es solamente un manual de instrucciones, sino la descripción de un mecanismo estable que nos permite comprender cuál es la naturaleza de nuestro yo. El bien al que uno se adhiere es lo que nos corresponde, y justamente por eso es un bien: nos corresponde más tener el brazo que no tenerlo.

«¿En qué criterio puede basar el hombre esta ley de su obrar? Para describir un mecanismo hay que fijarse sobre todo en su función, en su finalidad. Ahora bien, al ser el todo el destino del yo [al ser nuestro yo deseo de totalidad, un deseo inconmensurable de totalidad], su ley [nuestra naturaleza, el dinamismo de nuestra naturaleza] es darse al todo». Por eso, el yo encuentra correspondencia únicamente en este darse al todo. Al contrario, dice don Giussani, «fuera de la conciencia del todo, el hombre se sentirá siempre prisionero o hastiado».[82] Estamos hechos para el todo, y si uno pierde esta conciencia, esta apertura a la totalidad, este ángulo abierto al infinito, se siente prisionero. ¿Cómo podemos liberarnos de esta prisión, de este hastío cuando estamos agobiados en el trabajo o en la circunstancia?

Fijaos en el título que tiene un párrafo de *En busca del rostro humano*: «La ofrenda: gesto de la liberación humana». «El gesto de la ofrenda [de darse] realiza la liberación del hombre […]. Es un gesto sencillísimo y sintético que todo hombre puede llevar a cabo en cualquier situación, con tal que le quede una brizna de autodeterminación».[83] Lo que nos hace respirar en cualquier circunstancia es este gesto sencillísimo.

Éste es el desafío que cada uno de nosotros debe poder verificar, del que debe poder hacer experiencia para verificar si la propuesta de Cristo le libera realmente de la prisión, del agobio de la circunstancia y del hastío. Lo dice san Pablo en dos versículos incomparables de la Carta a los Romanos: «Os exhorto, pues, hermanos, por la misericordia di Dios, a que ofrezcáis vuestros cuerpos como una víctima santa, agradable a

Dios: tal será vuestro culto razonable. Y no os acomodéis al mundo presente, antes bien transformaos mediante la renovación de vuestra mente, de forma que podáis distinguir cuál es la voluntad de Dios: lo bueno, lo agradable, lo perfecto».[84] Esto es, ofreced, nos exhorta el Apóstol, vuestra realidad concreta, según la totalidad de sus factores.

¿Qué es lo que nos ayuda a esto? La realidad, que nos empuja a buscar el significado para no acabar ahogados en la prisión.

Me preguntaba una persona, recientemente: «¿Cómo puedo hacer memoria de Cristo en el trabajo?». Yo le respondí: «¿Cómo consigues trabajar sin hacer memoria de Cristo? ¿Cómo logras vivir en el trabajo, en la circunstancia sin la memoria de Cristo, sin el respiro que supone la ofrenda». Y lo que decimos del trabajo, vale también para el descanso: en efecto, el problema no está en que el trabajo sea pesado. ¿Cómo puedes descansar, con toda la exigencia de totalidad que tienes, sin hacer memoria, sin ofrecer, sin abrir de par en par tu yo al todo? Sin vivir en esta órbita de la totalidad, uno no puede evitar sentirse prisionero y hastiado. ¿Cómo consigues soportarte a ti mismo, vivir la circunstancia, irte de vacaciones? ¿Cómo podemos vivir sin este respiro del infinito? Como no aceptamos esto, nos afanamos y volvemos de las vacaciones más cansados que cuando nos marchamos, porque el descanso no consiste un perseguir todo: es la apertura, la liberación que está en el gesto sencillísimo y sintético de la ofrenda, que no es la pasividad de uno que no tiene otra cosa que hacer. Ofrece verdaderamente, con una razón adecuada, sólo quien amplía su razón, porque «"ofrecer" –nos recuerda don Giussani– significa reconocer que Cristo es la *substantia* de toda la vida. Si un hombre dice mientras estudia o mientras trabaja: "Te ofrezco mi estudio o mi trabajo", si en un momento de dificultad dice: "Te ofrezco el malestar y la incertidumbre en que me encuentro", quiere decir ante todo "Reconozco que tú [Cristo] eres la consistencia y la sustancia [es decir, el respiro], la trama del instante que estoy viviendo"».[85]

Ésta es la pretensión de Cristo. Fuera de esto somos prisioneros. ¡Éste es el horizonte de Su promesa, y con esto se compara todo! Haced lo que queráis, pero comparadlo con todo lo demás y ved si hay algo que pueda responder más a esta exigencia de totalidad que encontramos en nosotros en cada instante, en cualquier circunstancia de la vida, que ésto: que «tú [Cristo] eres la trama del instante que estoy viviendo. Reconozco que lo que confiere verdad al estudio, al trabajo, al problema en el que me debato es tu Presencia».[86] Éste es el verdadero reconocimiento de Cristo, porque no es un Cristo abstracto, sino el Señor que está dentro del tiempo y ya no se marcha. ¡Qué familiaridad hay que tener

con Cristo para que uno respire, dentro de cualquier circunstancia, en este reconocimiento, pidiendo que se revele, que se manifieste! «Si Tú [Cristo] eres la consistencia del instante que vivo, de la página que leo, del trabajo que concluyo, de la tristeza o de la rabia [sin dejar nada fuera] que se ha apoderado de mí, manifiéstate en todo esto».[87]

Por lo tanto, el punto de partida es la experiencia: sólo en la experiencia se desvela quién es Cristo y cuál es la envergadura de la propuesta que nos hace para alcanzar la felicidad. Todos nosotros, al menos en algún momento de la vida, hemos vivido esta experiencia, pero muchas veces no llega a convertirse en un cambio de mentalidad. Somos irracionales, no sometemos la razón a la experiencia y, por consiguiente, seguimos buscando, como si no hubiésemos entendido, como si no hubiésemos aprendido nada, como si la experiencia hubiera sido inútil, y por eso la vida se vuelve más complicada. Nos conviene mirar a la cara esta experiencia, porque todo el afán de la vida consiste en esto, en entender estas cosas: cuánto más tiempo necesitemos, más nos costará. Igual que el niño que, hasta que no aprende ciertas cosas elementales, cuanto más tiempo necesita, más le cuesta. Toda nuestra dificultad está precisamente en esta conversión: entender qué es la vida, que la vida es este darse al Tú. «Cambio [...] es comprender mejor lo que somos»,[88] decía Eliot.

«En este punto hay que observar –dice don Giussani– que el objetivo de la existencia humana se persigue con los medios de que se dispone, con "lo que se es"».[89] Y los medios que tenemos son dos.

a) La instintividad. «Es lo que encuentro en mí, lo que me determina, me atrae, me estimula. Justamente esto es lo que pone al hombre al servicio de la realidad: es un conjunto de datos de los que no puedo prescindir».[90] Para don Giussani la instintividad no es un obstáculo, algo de lo que hay que librarse, sino un medio, algo que hay que usar, de lo que no se puede prescindir, porque es justamente esto lo que pone al hombre al servicio de la realidad.

Me escribía una chica este verano: «Me parece que en el camino de mi deseo hasta Cristo, hay como un momento crucial de drama enorme. Como en un canto ruso el hombre ve a una mujer muy hermosa y se acuerda de su mujer, así también yo, viendo las cosas, amando a los hombres, querría acordarme de Cristo, de este Tú, y afortunadamente me sucede, pero hay un momento en el que uno tiene que quitarse de encima su instintividad que le lleva a querer aferrar lo que tiene delante».

La primera reacción es librarse de la instintividad que le lleva a uno a

querer aferrar lo que tiene delante. Como decíamos esta mañana: queremos eliminar nuestra necesidad porque la consideramos una debilidad; ahora queremos eliminar la instintividad porque nos induce a aferrar lo que tenemos delante.

¡Qué modo tan distinto de mirar tiene don Giussani que, ante nuestra instintividad, dice: «¡Qué humano es lo humano, qué humana es la humanidad». En lugar de librarme de ella, tiene que surgir la pregunta: «¿Por qué se me da esta humanidad?»[91] Si Dios ha puesto dentro de mí este conjunto de datos, ¿por qué están? Para un bien: es la positividad con la que don Giussani mira cualquier dato de la realidad, cualquier cosa que Otro nos da, es esta mirada de simpatía por lo humano, por todo lo humano que hay en nosotros.

«Puesto que siempre llega este momento dramático –sigue diciendo nuestra amiga– querría que no existiese ni siquiera esa persona [algo que me atrae] que pasa delante de mí y me toca, querría no sentir tanto el atractivo de las cosas, de los rostros, para no correr el riesgo de equivocarme». Parece algo muy humano: uno quiere amar, no quiere equivocarse y, para no equivocarse, la primera idea que le viene a la cabeza es: «No quisiera sentir el atractivo de las cosas, de los rostros». Querría eliminar la belleza que lo atrae.

Primero queremos librarnos de la instintividad y ahora eliminar la belleza, siempre por el mismo motivo: ahorrarnos el drama de la vida.

Mirad como don Giussani desvela la verdad de lo que esta detrás de esta actitud: «Si alguien ama realmente a una persona, de inmediato [acepta sacrificarse por ella] daría la vida por ella». Esto es natural. En cambio, «huimos del sacrificio por una resistencia. Resistencia ¿a qué? No es resistencia al sacrificio […], es una resistencia a la belleza. Es una resistencia […] a lo verdadero: una resistencia a querer la verdad. Ésta es la tremenda confusión que surge del pecado original: se llama mentira. Nos resistimos al sacrificio por el apego a una mentira, por ceder a la mentira, por asumir una actitud engañosa […]. [La nuestra] es una resistencia a la belleza y a la verdad».[92] ¡Nosotros empezamos a defendernos de la belleza, de esa misma belleza que nos pone en movimiento, que nos remite a Otra cosa!

«Tú siempre hablas –sigue la carta– de no censurar nunca nuestra humanidad, es más, dices que es precisamente ésta la que nos lleva a reconocer a Cristo. Es verdad, yo estoy aquí porque existe un lugar que no tiene miedo de mi humanidad». Sí, nosotros estamos en un lugar que no tiene miedo de nuestra humanidad, que mira con simpatía nuestra humanidad, porque esto –como hemos visto esta mañana– es indispensa-

ble para el reconocimiento de Cristo, para que Cristo nos atraiga. Necesitamos ambas cosas: nuestra humanidad y el atractivo de una belleza que nos atrae. Si uno no siente el atractivo de las cosas y de los rostros, si quiere eliminarlos, tampoco sentirá el atractivo de Cristo.

Es importantísimo entender bien estas cosas, porque a veces, ante el vértigo, el miedo a equivocarse, la tentación es quitar de en medio la propia humanidad o la belleza (que la cosa no nos atraiga demasiado): pero si yo quito de en medio mi humanidad y me convierto en una piedra, si corto, si censuro mi humanidad, ¿cómo puedo conmoverme ante Cristo, cómo puede cautivarme Cristo? Por eso de nada sirve sustituir la humanidad con los principios, como decía Eliot: «Nuestros principios no logran hacernos verdaderamente más comprensible aquel Todo que gobierna nuestra adhesión a las cosas de cuanto una pizca de humano logre comunicarnos esa belleza viva de la carne que tanto amamos».[93]

«Los sentidos, […] que Dios ha creado –decía también Paul Claudel– no son viles acólitos, sino servidores nuestros que recorren el mundo entero, hasta cuando no encuentran la Belleza».[94]

Todo esto se nos da para encontrar la Belleza, para reconocerla. Yo no puedo prescindir de mi humanidad, librarme de mi instintividad, porque es lo que me determina, me atrae, me estimula, me pone al servicio de la realidad. Por consiguiente, hay que preguntarse –segundo paso que da don Giussani– por qué se me da esta humanidad.

b) «Esa atracción, estímulo o impulso contingente tienen una finalidad. Por eso el segundo factor es la conciencia de la finalidad propia de ese haz de instintos. Pues la naturaleza humana tiene como factor de su dinamismo no sólo la urgencia, sino también el conocimiento de la finalidad de esa misma urgencia».[95] Yo, que tengo esta instintividad, no soy únicamente instintividad, sino un yo que tiene conciencia de la finalidad para la cual la tengo, y sabe que esta energía, este ímpetu está hecho para una finalidad. Lo único que hay que hacer es no detenerse a mitad de camino, no puedo bloquear el ímpetu que nos remite más allá para evitar el sacrificio que comporta, el drama que supone.

En cambio, muchas veces sucede lo que dice, una vez más, nuestra amiga: «De este modo a menudo reduzco mi deseo a apetencia y Cristo a reglas». El deseo reducido a apetencia, a instinto, a reacción. Si mi deseo es sólo apetencia sin una finalidad, si esta instintividad, que por el hecho de estar dentro de mí tiene el horizonte del infinito, se reduce a apetencia y Cristo se reduce a reglas, es normal que a uno le entre el

miedo. Queda sólo el moralismo: bloquear la instintividad para evitar ir contra la regla.

¿Dónde está la falsedad de esta reducción del deseo a apetencia, a instinto? Dice don Giussani: «El hombre, a diferencia del animal y de las demás cosas, es consciente de la relación que hay entre el instinto que brota en él y el todo, o sea, el orden de las cosas».[96] El instinto no se puede separar de la totalidad del yo, con todo el impulso infinito que tiene dentro. Por eso, no existe sólo la apetencia: yo soy una instintividad que tiene la conciencia de la finalidad, que tiene toda la apertura al infinito. Incluso uno como Pavese lo reconoce: «Lo que un hombre busca en el placer es un infinito, y nadie renunciará nunca a la esperanza de conseguir esta infinitud».[97]

¿Cuál es la finalidad de esta instintividad, de esta urgencia? Sigue diciendo don Giussani: «Ordenar el instinto a su fin (esto es, al Todo) es el don fundamental de nosotros al todo».[98] Esta instintividad, esta urgencia, esta energía (este conjunto de datos) se nos da para darnos, para ordenarla al todo, porque es dándose al todo como el hombre se reencuentra, tal y como la experiencia amorosa sugiere. «El amor –dice el papa Benedicto en la encíclica– es "éxtasis", pero no en el sentido de arrebato momentáneo, sino como camino permanente, como un salir del yo cerrado en sí mismo hacia su liberación en la entrega de sí y, precisamente de este modo, hacia el reencuentro consigo mismo, más aún, hacia el descubrimiento de Dios».[99]

El ideal cristiano no es ser como piedras, carentes afectivamente; la cuestión es que mi energía, todo mi deseo de plenitud, con mi instintividad, encuentra cumplimento solamente dándose al todo, dándose al infinito.

«Como no hay nada inútil al mundo […], el deseo de posesión, la voluntad de poseer se vuelve factor para comenzar el largo camino hacia el *Tú*».[100] Esto es lo que muchas veces no somos capaces de hacer y, por eso, o nos dejamos llevar por la instintividad o truncamos nuestra humanidad. Y como este camino nos parece misterioso, a la hora de comprenderlo hacemos el siguiente razonamiento: primero hay que separarse para después afirmar la cosa. Dice don Giussani en un pasaje: «No. ¡Es lo contrario! No "primero está la distancia y después está la verdad": está la verdad y, *por lo tanto,* la distancia».[101] Ésta es la pretensión de Cristo: únicamente porque existe la verdad, en la que el hombre puede ver cumplida toda su vida, todo su afecto, puede el hombre relacionarse de un modo verdadero con todo.

Un universitario le cuenta a un amigo su reacción ante una propuesta indecente: «Era guapa, y estaba a punto de decirle que sí, quería decirle

que sí, pero cuando empecé a responderle se me llenaron los ojos de lágrimas, gracias a Dios. Me detuve un momento y pensé en el día de inicio de curso, en el hecho de darse las razones de todo, en mis amigos. De manera que dije que no, porque la quería, y estaba convencido de que era lo más instintivo y sin razones que pudiéramos hacer».

Esto no sucede sólo en la relación con una persona, sino en la relación con las cosas, con todo. Me preguntaba un grupo de amigos frente al intento de vivir el poder o la lucha de intereses: «¿Cómo podemos vivir sin sucumbir al poder o a la lucha de intereses?». ¿Sabéis qué respondí? Les hablé de la virginidad: únicamente si existe la verdad, si está Cristo, si existe algo que llene la vida más que cualquier otra cosa, uno puede vivir en una relación de verdad con todo: con el otro, con los intereses, con el poder y con las cosas. ¿Alguna vez tendremos el valor de verificar esta propuesta de Cristo, de verificar hasta el final si la propuesta de vida que Cristo nos ofrece como cumplimiento de nuestra humanidad, y por lo tanto de nuestro afecto, tiene la capacidad de responder, o nos quedaremos siempre a mitad de camino?

Sólo la verdad, sólo la belleza de algo que vivo, permite no ceder a la instintividad. No se trata de truncar o de censurar el instinto, sino de ordenarlo a la finalidad, de tener algo que sea más potente, que tenga un atractivo mayor, que atraiga como un imán todo mi ser con todas mis energías.

¿Cómo puedo ordenar el instinto, el deseo al todo? Don Giussani alcanza aquí su cima: «No es humano entregarse más que a una persona, no es humano amar sino a una persona. El "todo", en última instancia es la expresión de una persona: Dios».[102] ¿Por qué? Porque es el único que corresponde a toda mi espera, a todo mi deseo de infinito, a toda la exigencia de felicidad que mueve mi humanidad. Únicamente esto lo puede ordenar todo.

«Más allá de las actividades de las facultades del alma –dice Julien Green– hay algo más profundo y esencial, y cuando este instinto profundo se ordena y se orienta hacia Dios, todo lo demás se ordena; pero si este instinto profundo se aparta de Dios, todo lo demás se aparta, tanto si el hombre se da cuenta como si no».[103] Pero si Dios, el Misterio, permanece lejano o abstracto, no es capaz de atraer toda nuestra humanidad. Por eso era necesaria la encarnación, era necesario –como intuía Leopardi– que la Belleza, con la B mayúscula, se vistiera de «sensible forma», se hiciera carne. Hacía falta una «presencia afectivamente atrayente» para atraer toda mi energía, todo mi afecto, todo mi deseo hacia Él.

Por eso la única esperanza es ésta: «Cristo me atrae por entero, ¡tal es su hermosura!».[104] Sin esto, podemos equivocarnos tanto como queramos, podemos dejarnos llevar por el instinto o truncarlo, pero no resolvemos nada, porque ni la instintividad ni el moralismo pueden resolver el problema de la persona, el problema de algo que consiga responder realmente y de manera adecuada a toda mi exigencia de totalidad. Por eso, sin la belleza de Cristo presente que nos «atrae por entero» es imposible el cumplimiento de lo humano, o el llegar a ser personas realizadas afectivamente.

«La vida del hombre consiste –decía san Tomás– en el afecto que principalmente le sostiene y en el que encuentra su mayor satisfacción».[105] Donde está la verdadera satisfacción, allí está la respuesta al problema afectivo del hombre.

Únicamente un cristianismo como belleza, como atractivo, tiene la capacidad de responder al desafío del corazón, de hacer frente, de afrontar esta exigencia de totalidad que tiene el corazón, de vencer la lejanía, si el corazón cede a su atractivo.

Sin Cristo no existe plenitud y, por lo tanto, no existe virginidad, que permita una relación verdadera con todo: con las cosas, con las personas, con tu mujer, con los hijos, con los que trabajan contigo, sin que el poder lo decida todo. Una relación gratuita, una relación de una persona realizada afectivamente, que no usa a los demás para llenar el vacío que todavía tiene. Sin esto, todo el moralismo es inútil, porque antes o después sucumbimos.

Por eso, el Papa usa en tantas ocasiones la palabra «atrae»: «El Dios encarnado nos atrae»[106] y repite continuamente el verbo «atraer». San Agustín dice: «Si el poeta pudo decir [cita Virgilio, Ecl. 2]: "Cada cual va en pos de su apetito", no por necesidad, sino por placer, no por obligación, sino por gusto, ¿no podremos decir nosotros, con mayor razón, que el hombre se siente atraído por Cristo, si sabemos que el deleite del hombre es la verdad, la justicia, la vida sin fin, y todo esto es Cristo?».[107]

La vida consiste en darse, en amar a Cristo, en encontrar en Él la satisfacción. Por eso, si Cristo es sólo una regla y no la presencia que atrae nuestro afecto, es imposible que llene afectivamente al hombre. Aquí se ve la envergadura de la promesa de Cristo. Cuando uno se encuentra con que nada le satisface, comienza a comprender que quizás le conviene abrirse a Él.

Me decía una de vosotros: «Cuando te oí hablar de una promesa de infinito y de felicidad, que se enciende con el enamoramiento, y de la

incapacidad estructural del otro de satisfacer esta promesa, me impresionó: hablabas de la herida que esto supone y del hecho de que de esta herida brote la petición de Cristo. Estas cosas me han tocado muchísimo y no dejo de pensar en ellas: ¡qué verdaderas son y cuánto quema la herida de una promesa insatisfecha! Cada uno de nosotros puede pensar en mil situaciones, en mil consecuencias de esta gran verdad, pero quisiera preguntarte: ¿cómo puedo tener abierta esta herida? Me parece humanamente insoportable mantener una posición así. Una promesa necesita ser cumplida, antes o después, y si el después está demasiado lejos en el tiempo y la espera se hace larga, nos consume. Yo personalmente caigo regularmente en estas dos actitudes opuestas y contradictorias: o busco satisfacción a modo de anestesia en mil actividades que me llenen un poco y me dedico a mil relaciones superficiales, en las que no sienta demasiado la soledad, o aflora el cinismo, la duda de que una verdadera humanidad distinta sea posible. Sí, en realidad una falta de fe». Es imposible que uno antes o después no se pregunte: ¿Cristo, la promesa de Cristo es capaz de dar cumplimiento?

Aquí estamos de nuevo llamados a un salto en la relación con Cristo, es aquí donde se ve la promesa. Jesús se presenta como el centro de la afectividad y de la libertad del hombre: colocándose a sí mismo en el corazón de los sentimientos humanos, se coloca con pleno derecho como su raíz verdadera. De ese modo Jesús desvela el alcance de la promesa. Jesús tiene la pretensión de que únicamente siguiéndole a Él el hombre puede encontrar realmente respuesta a esto. Como dice san Gregorio de Niza: «Sólo ese Bien [con la B mayúscula] es verdaderamente dulce, deseable y amable; cada vez más gozar de él es un impulso a un deseo mayor».[108] Y sigue: «El deseo, cada vez que es saciado [comienza a encontrar una respuesta ahora, no lo reenvía todo a la vida eterna], produce un nuevo deseo de la realidad superior. Por lo tanto, puesto que [al alma] se le quitó el velo de la desesperación y vio la belleza infinita e incircunscripta del objeto amado […] tiende a un deseo cada vez más fuerte».[109]

Pero nosotros, alguna vez, ¿nos arriesgaremos a verificar esta promesa hasta el final?

Sólo quien la verifica ve que no tiene que truncar su deseo, sino que milagrosamente sucede lo que decíamos ayer: la conversión del deseo. Uno comienza a desear, se sorprende empezando a desear Lo que le satisface y empieza a desear cada vez más ese Bien, esa Presencia en la que el corazón encuentra satisfacción, no para saciarlo definitivamente, sino para desearlo cada vez más. Es un desafío tan impresionante, tan dramático, que sólo si somos capaces de aceptarlo, podremos ver el cumplimiento.

Conclusión

Concluyo con lo que dice don Giussani al final de este capítulo precioso: «Jesucristo no vino al mundo para ahorrarse el trabajo humano y la libertad humana, o para evitar que el hombre sea probado. […] Vino al mundo para llevar al hombre hasta el fondo de todas sus preguntas, a su estructura fundamental y a su condición real. […] Jesucristo vino para llevar al hombre a la *religiosidad* verdadera, sin la cual es mentira cualquier pretensión de solución».[110] El amor, la política, el trabajo, todo se hace confuso, si no se vive bien esta religiosidad.

Por eso la vida es un camino, es una tensión. «La concepción que Jesucristo tiene de la vida humana es, por tanto, esencialmente una tensión, una lucha, […] un caminar».[111]

«Bestiales como siempre –decía Eliot–, carnales, buscándose a sí mismos como siempre, egoístas y cegados como siempre, pero siempre luchando, siempre reafirmándose, siempre reanudando la marcha por el camino iluminado por la luz; a menudo deteniéndose, vagueando, perdiéndose, retardándose, volviendo, pero sin seguir otro camino».[112]

«La vida es un caminar, es una búsqueda de la propia plenitud, es decir, del verdadero "uno mismo"».[113]

En Pavía Benedicto XVI habló de san Agustín de este modo: «Siguiendo atentamente el desarrollo de la vida de san Agustín, se puede ver que su conversión no fue un acontecimiento sucedido en un momento determinado, sino un camino».[114]

Todos nosotros estamos invitados a hacer este camino. Y don Giussani concluye el capítulo con una frase genial, que leo y con la que termino: «Reconocer y seguir a Cristo (fe) genera así una actitud existencial característica en la que el hombre es un caminante erguido e incansable hacia una meta no alcanzada aún, seguro del futuro porque todo se apoya en Su presencia (esperanza); en el abandono y en la adhesión a Jesucristo florece [¡atención!] un afecto nuevo [completo] hacia todo (caridad), que genera una experiencia de paz, la experiencia fundamental del hombre en camino».[115]

Domingo 6 de mayo, mañana

A la entrada y a la salida:
Cantos Vascos, Grupo vocal Oldarra,
"Spirto Gentil", distribución Universal

Don Pino. Dentro de unos instantes cantaremos, en el Himno del domingo: «Como a Magdalena, a nosotros, que Cristo se nos manifieste; nos salga al encuentro y nos llame Aquel que murió y ahora vive».

En el camino de la vida, en el paso de cada día, nuestra humanidad vive como conciencia, como afecto, sólo si existe esta iniciativa: la iniciativa del Misterio que nos sale al encuentro y nos llama. Cada vez que recitamos el *Ángelus,* junto a otros 26.000 como hoy o solos al ir a trabajar, ordenando la casa, esta evidencia es lo que barre cualquier tentación de medida, cualquier mezquindad de nuestra pequeña fe: «Cristo me atrae por entero, ¡tal es su hermosura!».

Angelus

Laudes

■ ASAMBLEA

Giancarlo Cesana. Hemos recogido las preguntas que han surgido durante las asambleas de ayer por la noche en los hoteles y hemos escogido éstas. La primera viene de Hungría: «¿Cómo mirar con simpatía la necesidad y no como una etapa que hay que superar? Es decir, ¿cómo considerar que el hambre no se quita con la comida y que tener algo de apetito puede hacer que saboreemos mejor la comida?».

Julián Carrón. ¿Quién tiene el problema de eliminar la necesidad de comer? Quien no tiene comida. Y el que tiene comida, ¿tiene de eliminar el gusto, el deseo, o quiere tener el deseo para saborear la comida? ¿Alguien quiere que esto sea una etapa que hay que superar o le gustaría tener siempre en su sitio toda su humanidad para disfrutar de un buen vino o de una buena comida? Todo esto indica hasta qué punto nos separamos de nuestra experiencia, porque en la experiencia lo que se manifiesta, si uno lo observa, es que la necesidad, en este caso el hambre, está al servicio de otra cosa, porque sin hambre yo no podría disfrutar de una buena comida o de un buen vino.

Lo mismo vale para la necesidad de ser amados. ¿Quién tiene el problema de superar la etapa de ser amado, de tener necesidad de ser amado? El que todavía no ha encontrado al amado. Quien ha encontrado al amado no siente la urgencia de superar esta etapa: tiene el deseo constantemente despierto de volverle a ver, de ir a buscarle. En ningún caso piensa: «Ahora superemos esta etapa, de manera que ya no me interese en absoluto si está o si no está». Es una abstracción, pura y dura. ¡Para nosotros muchas veces el cristianismo es una abstracción! Cuando hablamos del cristianismo como hablamos de las cosas reales, no funciona de esta manera, y la dificultad que tenemos a la hora de entender es porque para nosotros es una abstracción. Por eso, si no hacemos esta experiencia, si no miramos la experiencia, no entendemos y nos debatimos en cosas abstrusas.

Los discípulos no tenían este problema, tanto es así que desde el principio Su presencia se demostró tan decisiva que cuando se despertaron al día siguiente, se sorprendieron deseando ir a verle y no se les metió en la cabeza la preocupación de superar esta etapa. Y cuanto más Le veían, tanto más tenían el deseo de ir de nuevo a verle, porque su necesidad era abrazada, aferrada totalmente por Otro, mirada en la compañía de Otro. Por eso yo deseo para mí, y quisiera que fuera así también para vosotros, que el deseo, que la necesidad no sea una etapa que hay que superar, porque esto significaría que no hemos encontrado nada de lo que tenemos necesidad para vivir. En la vida encontraremos a muchas personas que hablan de Cristo hasta aburrirnos, pero ¿cuántas conocéis que tengan necesidad de Cristo para vivir? ¡Para vivir! Para levantarse por la mañana, para ir a trabajar, para mirarse a sí mismos, para mirar su necesidad… ¡Para vivir! De lo contrario ¿qué me importa ser cristiano?

Cesana. Por lo tanto, la necesidad no es solamente la expresión de un límite, es también la condición para poder disfrutar de la respuesta.

Carrón. Claro.

Cesana. Porque de otro modo la humanidad es abstracta.

Carrón. Sí.

Cesana. Ahora hay una serie de preguntas sobre el deseo.

«Si el deseo es para la felicidad, ¿por qué se puede tener miedo de la propia humanidad hasta llegar a oponer resistencia al deseo mismo?».

Carrón. ¡Porque estamos solos! Tenemos miedo de nuestro deseo, como uno tiene miedo del hambre, porque no tiene comida. Tenemos miedo de nuestro deseo porque estamos solos, porque nos concebimos solos, y solos no nos las apañamos, no podemos vivir con este deseo. Por eso tenemos que distraernos, tenemos que buscar algo que nos separe de nosotros mismos, de nuestro deseo. Es difícil encontrar personas que coincidan con ellas mismas en el modo de vivir, que estén plenamente presentes a sí mismas, porque para estar presentes a sí mismos hace falta tener delante la Presencia que satisface el deseo.

¡Es posible, amigos, es posible! La vida es mucho más que nuestra filosofía, porque está Cristo, pero hay que estar abiertos a hacer un camino para que esto sea cada vez más una experiencia. Es posible: la vida es mucho más de lo que nosotros acostumbramos a pensar que es la vida, y se puede alcanzar en todo una plenitud, una intensidad que es del otro mundo, en este mundo: ¡cien veces más, cien veces más! El desafío que el cristianismo plantea a la vida, a uno que tiene el deseo de vivir, está a este nivel.

Uno puede decir: «Lo que siento ahora son patrañas», o uno puede al menos empezar a pensar que quizás puede que sea verdad. Yo ni siquiera podría hablar de esto, no podría ni siquiera imaginarlo, porque el cristianismo no se puede imaginar antes de que suceda, tanto es así que ni siquiera podemos imaginarlo ahora, después de dos mil años de historia; después de haberlo escuchado y vivido durante años, ni siquiera ahora creemos que sea posible. Imaginaos si uno que no tuviera experiencia de esto, podría imaginarlo o pensarlo. Es un desafío, porque nos encontramos ante una presencia que da testimonio de otra cosa.

Cesana. «¿Qué significa que la conversión está en el deseo, visto que nosotros tendemos a pensar que la conversión, en cambio, tiene que ver con la acción o con la mentalidad?».

Y otra pregunta muy frecuente: «Pedimos una ayuda sobre cómo se puede ordenar el instinto a la finalidad». Por un lado, hay quien reduce el deseo porque no existe la respuesta, por otro lado, está la dictadura del deseo: tengo sed –como decía san Efrén–: tengo sed, voy a la fuente y la seco.

Carrón. La primera pregunta es la demostración de que para nosotros el cristianismo, a pesar de todo, si rascamos un poco, es un moralismo, es decir, algo que hay que hacer, una serie de reglas que hay que seguir.

A veces algunos vienen a decirme: «Si pudiera seguir mi deseo, lo haría, pero como soy un moralista empedernido y la Iglesia me dice que no lo haga, no lo hago; pero si pudiera, lo haría». Por eso somos personas afectiva-

mente carentes, estamos bloqueados, porque no hemos aceptado el riesgo de la verificación de Cristo. Para todos, para la mayoría es esto: una regla. El deseo reducido a apetencia y Cristo a reglas. Ésta es la cuestión. Pero si uno empieza a hacer experiencia de la satisfacción, de que hay algo que llena, comienza a desplazar el deseo; en lugar de hacer estupideces que no le llenan, comienza a elegir otra cosa que le llena. Lo que deseaba lo deja porque es un menos, me da menos satisfacción, me llena menos de lo que comienzo a gustar. Si Cristo no es esto, la pretensión cristiana es una mentira, porque Cristo en el fondo no cumple, no es capaz de cumplir la promesa.

Pero si uno empieza a hacer experiencia de este cumplimiento de la promesa, lo que se desplaza es el deseo: yo deseo más esto que lo que deseaba antes, porque me satisface más y, como no soy tonto, como gano en plenitud en esto –¿vosotros seguiríais apegados a una comida que no os gusta incluso si conocierais otra que os gustara más?–, se desplaza el deseo. ¿O no? Mirad lo que sucede en vuestra experiencia, sólo por moralismo uno puede decir: «No, yo prefiero quedarme aquí». ¡En cambio, no! Se desplaza el deseo. Después podremos tener o no tener el dinero para pagar esa comida, éste es otro tema, pero si pudiera comería siempre eso, y puesto que la "comida" de la que estamos hablando además es gratis, sería de tontos… no aprovecharnos.

«Cristo me atrae por entero, ¡tal es su hermosura!». Éste es el alcance de la promesa de Cristo, que es promesa porque es real, y por eso desafía nuestro deseo, hasta llegar a desplazarlo. Conversión del deseo: se desplaza el deseo a otra parte. Si no es así, podemos seguir haciendo toda la profesión de fe del Credo, pero nosotros no creemos; podemos ser ortodoxos hasta la médula con la doctrina correcta, pero no creemos que exista Algo en la historia capaz de responder al deseo del hombre y, por lo tanto, Cristo no es la respuesta, aunque seamos ortodoxos hasta la médula: ortodoxos, la doctrina correcta, y después la práctica es equivocada. De la doctrina correcta no se vive, porque el cristianismo no es la doctrina correcta; el cristianismo es la doctrina hecha carne, de la que puedo hacer experiencia. El *Logos*, la Belleza se ha hecho carne y por eso puedo hacer experiencia de ella.

Sólo así se explica que todo el dinamismo humano que encuentro en mí (llamado instinto, conjunto de datos) se me da para adherirme a esa Presencia, que es la finalidad para la que ha sido hecho. Este conjunto de datos, deseo, instintividad, todo se me ha dado para adherirme, para que yo pueda coger y adherirme: se me ha dado la mano con la finalidad de adherirme, de coger algo, de poseer en el sentido verdadero del término. La única cuestión es descubrir un camino, estar abierto a un camino, de manera que poco a

poco comencemos a orientarlo todo –justamente por el atractivo de la belleza– a esta finalidad, y entonces realmente empecemos a entender: «Ahora entiendo por qué se me ha dado la instintividad, porque se me ha dado el deseo, por qué se me ha dado toda la necesidad». ¿Por qué? Porque el Misterio me ha hecho así. Y no me ha hecho como a un perro, con un conjunto de deseos más reducido, porque quería que yo participara de una plenitud del otro mundo, de Su plenitud. Por eso es el deseo de Cristo lo que, poco a poco, se desvela delante de nuestros ojos. Cristo nos desvela cuál es la finalidad realizándola. Es como uno que, en un determinado momento, tiene el deseo todavía confuso de ser amado y se encuentra deseando, y piensa: «Esto no me basta», «esto no me basta», «esto no me basta», «esto tampoco», «esto tampoco»… Aparece la amada y dice: «¡Ahora comprendo! Ahora entiendo lo que deseaba en toda esta confusión. Estaba todavía en la oscuridad, pero cuando apareció ella (o él), respondiendo a mi necesidad, comprendí porque tenía todo este conjunto de datos, toda esta humanidad mía que tendía a otra cosa. Toda la instintividad, todo el deseo, toda mi humanidad, toda mi necesidad se ordenó en función de su finalidad».

Esto implica una educación, un seguimiento, es decir, un dejarse cautivar por la belleza. Por ejemplo, quien está cautivado por esta belleza, ordena todo el deseo que tiene de aplaudir a la finalidad: la belleza del gesto, y por eso se frena. No se frena porque dice de manera moralista: «Tengo que contenerme y no aplaudir», sino porque vive con tal tensión a la finalidad, con tal tensión a la belleza que toda su energía no necesita dejarse llevar por la instintividad y aplaudir (como ha pasado, en cambio, esta mañana durante los cantos). Pensad en el orden y en los cantos durante nuestros gestos: ¿por qué muchas veces no soportamos otro modo de estar juntos, de cantar? Porque es más bello, porque nosotros estamos educados a una belleza del otro mundo. Por eso no renunciamos a nada; nosotros hemos sido educados a ordenar todo este conjunto de datos (mientras que los demás se dejan llevar como una instintividad que no ha comprendido su finalidad), nosotros hemos sido educados a ver que es más bello cuando la instintividad se ve completamente atraída, facilitada, aferrada por la finalidad. Y no hay color: incluso el último que acaba de llegar lo reconoce en la modalidad que tenemos de cantar, en la modalidad que tenemos de estar juntos. Ha sido gracias a una educación. Así es la vida: para una humanidad más verdadera. Ordenar el instinto a la finalidad, en cualquier cosa, es para una humanidad más verdadera, no para vivir menos intensamente, no es una engañifa, no lo hago porque «no puedo hacer otra cosa». No, no, no: es para una humanidad más verdadera. Y cuando vemos otras maneras de

estar juntos, nadie las extraña: «¿Por qué nosotros no somos como ellos?». Preferimos nuestros cantos, la intensidad con la que nosotros cantamos y con la que cuidamos los cantos. No podemos cambiarla por cualquier otra cosa.

Cesana. Por lo tanto, tú dices que el factor que favorece la conversión del deseo, que se necesita para la conversión del deseo, es la presencia del objeto del deseo.

Carrón. ¡Claro!

Cesana. En cambio, la tentación que nosotros tenemos es trabajar sobre el deseo, por ejemplo trabajamos sobre el deseo de la mujer prescindiendo de la presencia de la mujer.

Carrón. Por eso digo que es un moralismo. Es decir: debemos hacer esto porque nos han dicho que hagamos esto y no porque uno se ha enamorado, ha encontrado a la mujer y dice: «¡Qué bonito! Yo quiero», o ha visto cantar de una cierta manera, o ha visto un cierto orden… Nos ha bastado uno –don Giussani– que teniendo esto nos lo ha testimoniado. De esta autoridad ha nacido un pueblo, porque ha hecho más sencillo para todos ver esta belleza, gustarla, desear esta Belleza, y ahora ya no podemos prescindir de ella.

Cesana. Por lo tanto, la dictadura del deseo no es tanto tener deseos exagerados o muy fuertes, sino tener deseos sin objeto.

Carrón. ¡Exacto! Como una mina flotante.

Cesana. Desde este punto de vista, la próxima pregunta es: «Por un lado, me parece que mi vida es una verificación continua de la verdad de este camino; por otro lado, tu insistencia sobre correr el riesgo de verificar esta promesa me hace intuir que nos pides un trabajo más profundo. ¿Cuál?».

También tenemos esta otra pregunta «Hasta hoy pensaba que era suficiente la disponibilidad del corazón (deseo). En cambio, nos has pedido un trabajo. ¿Cómo puedo evitar percibir este trabajo como un esfuerzo mío por adecuarme?».

Carrón. Para nosotros muchas veces «compromiso» equivale a «moralismo», y por eso usar la palabra «trabajo» o la palabra «poner en marcha

algo» es sinónimo de moralismo. ¡No! Al que le gusta el fútbol, hace un esfuerzo, se moviliza. Y si uno le dice: «¿Por qué no te quedas en casa? Total, lo retransmiten por la tele». «¡No, no es lo mismo verlo por la tele que ir al estadio!". Uno que disfruta del partido, precisamente por su belleza, se moviliza, hace un trabajo. Uno se enamora: «¿Por qué no te conformas con llamarla por teléfono? Estás a dos horas de coche… ». Porque no es lo mismo.

Entendemos que nos ha sucedido algo si nos ponemos en marcha. Por eso la contraposición, a veces difundida entre nosotros, por la que el cristianismo es estupor y no compromiso, es una estupidez monumental, porque si algo te gusta, te pone en movimiento: precisamente porque te sorprende, despierta toda tu humanidad. Tanto es así que don Giussani –como leímos ayer– dice que Cristo es el único genio que ha sido capaz de valorar todos los aspectos de lo humano y ha hecho que se manifiesten, es decir, ha puesto en marcha toda nuestra humanidad, ha despertado el deseo de ir detrás de él, y volver otra vez, un día, al día siguiente y al día siguiente también. Esto es un trabajo, un compromiso, dice la Escuela de comunidad. Sin esto, sin mi libertad que se adhiere, yo no puedo experimentar el cumplimiento de la promesa. Si no compartes la vida, si no existe una convivencia, ¿de qué te quejas? ¿De qué me estás hablando? Sólo a través de un trabajo podemos conseguir tener ganas, deseo, de gustar lo que hemos presentido en el encuentro, hasta el punto de que llegue a ser nuestro.

Os desafío a todos a traerme una página de don Giussani (pensemos, por ejemplo, en *El sentido religioso* o en *Los orígenes de la pretensión cristiana*) en la que no encontréis, al mismo tiempo, el hecho y la llamada constante a la libertad, es decir, a un compromiso humano. Si hay alguien en la Iglesia de Dios que ha insistido en la libertad, que no se la ha ahorrado a nadie, se llama don Luigi Giussani. No ha querido entrar a hurtadillas: nos ha hecho, con toda su libertad, la propuesta y nos ha llamado a verificarla. Si nosotros no seguimos, si no nos comprometemos en esta verificación, si no se da un compromiso de nuestra libertad en esta verificación, si yo no aprendo a usar la razón como él me dice, si no aprendo a vivir la oración como él me dice, si no aprendo a ponerme ante la realidad como él me dice, si no aprendo a estar junto con los demás como él me dice, no puedo experimentar esto.

Podemos estar en nuestra compañía y ser pasivos, tener la presunción de creer que sea suficiente con estar en el redil. Como ese chico que cree hacer lo suficiente con ir a clase: «Mira, no me pidas más. He venido a los Ejercicios, ¡ahora no me pidas también que trabaje!». Yo no quiero prometeros nada sin decir todas las razones. Yo no os prometo que esto pueda lle-

gar a ser vuestro, si no os comprometéis, porque yo no conozco otro camino fuera del compromiso.

Cesana. Por lo tanto, no se puede seguir yendo a Escuela de comunidad como quien va al teatro o al cine, esperando que suceda algo.

Carrón. Es evidente.

Cesana. Y, como dice don Giussani en el texto sobre la Cuaresma publicado en *Huellas*, hay que dejar de decir: «Me cuesta», porque el problema no es que nos cueste, que es inevitable, sino la finalidad.

Carrón. Exacto.

Cesana. «¿Qué significa que la compañía está en el yo?».

Carrón. Significa que si uno toma conciencia de sí mismo, en este instante lo más evidente que hay es que no se hace a sí mismo. Si yo tomo conciencia de mí mismo, si me doy cuenta de lo que soy, si tomo conciencia de esta vibración de mi yo ahora, me doy cuenta de que no me hago a mí mismo. Si queréis la prueba, basta simplemente con pensar: «¿Puedes asegurarte un instante de vida más?». Si a uno le da un infarto ahora, ¿puede darse un minuto más? ¿A tu hijo, puedes darle un minuto más? ¿A tus amigos, puedes darles un minuto más de vida? ¿Nosotros, todos juntos, podemos dar la vida a nuestro amigo? Si no podemos hacerlo nosotros mismos, ni todos juntos, y sin embargo estamos vivos, ¿quién nos da la vida?

¿Sabéis cuál es la cuestión? Que nosotros lo damos todo por supuesto, vivimos como niños, dando por supuesto que el yo existe, que es obvio que exista, que existamos. En cambio, no es obvio. Esto es lo que tenemos que empezar a cuestionar: no es obvio. Y, entonces, cuando uno empieza a darse cuenta de que no es obvio, comprende que cada instante de la vida le es dado, y que si en este instante vive es porque existe Otro. Uno empieza a darse cuenta de que decir yo –como dice don Giussani– es decir: «Yo soy Tú que me haces». Esto es sólo un ejemplo del trabajo que tenemos que hacer. Yo durante años leí esa página de *El sentido religioso*, capítulo X, punto 4, donde se dice esto (os lo cuento, porque es fundamental ayudarnos a entender en qué consiste este trabajo); podía decir que sabía que «yo soy Tú que me haces», que yo en este momento no me doy la vida; pero estaba muy, pero que muy lejos de poder decir: «Yo tengo la conciencia de un Tú que me hace».

Lo sabía, pero no decía «yo» así, normalmente. Ésta es la diferencia –decía don Giussani en uno de los últimos textos publicados en *Huellas*– entre saber y conocer según la Biblia. La Biblia indica el conocer como una familiaridad por la que llega a ser tan familiar decir «yo» con esta presencia dentro, que uno descubre que la compañía está en el yo.

Es fácil. Decidme, vosotros que tenéis hijos, si podéis decir «yo» sin pensar en vuestros hijos. En un determinado momento de la vida, han llegado a ser tan familiares que no podéis decir yo sin ellos. Pensad en cuántas veces se os ha pasado por la cabeza: «¿Qué hago este fin de semana?» sin pensar en ellos. ¡Antes habéis tenido que colocarles a todos! Nada de decir «yo» sin los hijos… ¡Los tenéis totalmente dentro! Esto significa que vuestros hijos están dentro del yo, están dentro la modalidad con la que vosotros decís «yo».

Yo quiero decir «yo» con esta conciencia del Misterio, con la misma conciencia con la que vosotros decís «yo» teniendo dentro a vuestros hijos. Podéis estar en las Bahamas, en una playa estupenda y pensar: «¿Y mis hijos?». No sólo cuando estáis en casa, también cuando estáis lejos, hasta tal punto son parte de vosotros que no podéis evitar pensar en ellos.

Cristo es una compañía, como los hijos son para vosotros una compañía tan real, tan potentemente real que al final os habéis sorprendido diciendo «yo» con esta conciencia. Cristo vino para esto: se ha hecho compañía histórica, real, nos ha puesto junto a los demás, nos ha dado hijos, amigos para que de este modo nuestro yo esté hasta tal punto plasmado por la presencia de los demás que no podamos decir «yo» sin ellos. Con frecuencia esto nos resulta totalmente extraño, porque para nosotros los demás son como un peaje que hay que pagar y no la modalidad con la que digo «yo», una modalidad en la que están dentro los demás; espero que el estar aquí nos haga tan presente el Misterio que llegue a ser, precisamente por esta presencia en este lugar, familiar como vuestros hijos. Y podemos estar aquí, ahora, veintiséis mil personas, de manera que mañana por la mañana precisamente por el hecho de estar juntos aquí en el que se ha hecho presente el Misterio, uno se sorprenda, despertándose, con esta conciencia del Misterio, como uno se despierta con la conciencia de los hijos. Si no es así, antes o después estar juntos dejará de interesarnos.

Cesana. Por lo tanto, la compañía no es sólo un factor de corrección, sino la posibilidad de gozar de uno mismo. Ésta es la razón por la que Dios se ha hecho carne, es decir, se ha convertido en un factor estético.

Carrón. Exacto.

Cesana. «¿Qué quiere decir, entonces, que Cristo está presente en cada instante "en sensible forma"? ¿Si yo no le reconozco, está presente igualmente? ¿Cristo está ahora, si comprendo che está?». Y también: «Hay momentos en los que no veo nada hermoso ni en la comunidad, ni en la realidad. Me pregunto si Cristo en esos momentos está ausente o soy yo el que no logra ver esta belleza». O bien, otra pregunta: «Si Cristo es tan hermoso, ¿por qué es tan difícil vivir esta dependencia?».

Carrón. Yo simplemente os digo: si todas estas preguntas las hubieran hecho los discípulos, ¿Jesús qué habría respondido?

Primero, algunas no se las habrían hecho. No se puede decir que todas las preguntas son verdaderas: algunas demuestran que no sabemos de lo que estamos hablando. ¿Pensáis que Cristóbal Colón se habría preguntado: «¿Es verdad que he descubierto América?». ¿Pensáis que en algún momento se le habría pasado por la cabeza la duda de haber descubierto América?

A los discípulos, ¿que es lo que les hacía presente el Misterio en «sensible forma»? el hecho de estar ante una Presencia excepcional. Alguno podría haberles preguntado: «¿Tú por qué sabes que éste es Dios? ¿Dónde está Dios en sensible forma? ¿Dónde está?» –Como ahora: ¿dónde está Cristo en sensible forma? ¿Dónde está?–. ¿Y qué habrían respondido los discípulos? «Justamente aquí, en sensible forma, y lo reconozco, lo sé porque es algo excepcional», no porque sea un visionario –veo lo que ves tú, pero añado algo porque soy un visionario–. ¡No! Eres tú quien tiene que explicarme esta excepcionalidad, porque yo lo que pienso viendo esta excepcionalidad es: «¡¿Quién es éste?!».

Nosotros, cuando estamos juntos, ¿cuántas veces nos preguntamos: «¿Quién es éste?», delante de una sensible forma? Lo damos por supuesto. Para nosotros la Escuela de comunidad es una charla, no la posibilidad de hacer una verificación real, la prueba de que estoy viviendo la misma experiencia de los discípulos. Y esto lo comprendo perfectamente, porque antes también yo hacía lo mismo: para mí leer en el Evangelio la pregunta «¿Quién es éste?», era leer una pregunta que estaba en los Evangelios, pero a mí no me surgía nunca a partir de la realidad. La diferencia es que cada vez más la pregunta me surge a partir de lo real, de lo que vivo.

Me decía uno: «¿Carrón, dónde has visto a Cristo en la Plaza de San Pedro?». Ésta es la cuestión, ¿entendéis? Lo damos todo por supuesto. ¿Podéis llegar a imaginar el gesto que hemos vivido en la Plaza de San Pedro sin preguntaros: «¿Qué hacemos aquí? ¿Quién nos ha reunido?». ¿Cuál es la sensible forma de esta presencia? ¿Cuál es la sensible forma

que siento que acompaña mi vida? ¿Dónde se me hace una propuesta así? ¿Dónde se habla de lo humano de este modo? ¿Dónde tiene uno esta simpatía por lo humano? ¡¿Dónde puede encontrar una persona, un lugar en el mundo en el que pueda mirar lo humano así, como hemos sentido que se miraba en estos días?! Si empezamos a no dar esto por supuesto, empezaremos a reconocer que Cristo está presente, que Cristo permanece. ¿Por qué permanece? Porque permanece la misma mirada que encontramos en los Evangelios. Por eso no soy un visionario cuando Le reconozco, porque Le toco con mano, Le veo presente, Le reconozco presente en la modalidad con que se me mira, con la que me siento mirado: una mirada que da forma a aquella mirada.

Bastaría con que pensarais en cómo hemos llegado aquí y en cómo nos hemos mirado: ved si ha sucedido algo en estos días y no lo deis por supuesto: «¿Cómo es posible esto? ¿Qué es lo que hace posible esto?». No hagamos «discursos teológicos», partamos de la experiencia: «¿Qué experiencia hemos vivido en estos días?», y quizás empezaremos a reconocer Su presencia en sensible forma. ¿Si en lugar de venir aquí me hubiera ido a la playa, habría sucedido lo mismo? ¿Vuelvo a casa cambiado cuando me conformo con ir a la playa?

Cesana. Tú dices siempre que abolimos el Misterio, y en este sentido reducimos la razón porque perdemos el aspecto más realista de la realidad.

Carrón. Por eso me interesa siempre la relación con la realidad, de lo contrario hacemos discursos teológicos, aunque sean correctos: somos ortodoxos, hacemos un discurso correcto, pero no basta.

Don Giussani es un genio porque nos ha enseñado a partir siempre de la realidad, de la experiencia real, para introducirnos en el Misterio: para él la realidad es signo, es el primer resplandor del Misterio, el primer signo, la aurora. ¿Por qué delante del primer resplandor del alba puedo afirmar que hay luz? No porque me lo imagino, sino porque veo el primer resplandor. No porque sea un visionario, sino porque no dejo de usar la razón según toda su amplitud, sin detenerme a mitad de camino, hasta darme una razón adecuada de esa presencia que está delante de mis ojos, de tal manera que para mí llegue a ser familiar el fondo de la realidad, tan familiar como la superficie, es decir, que vea el fondo con la misma familiaridad con la que veo la superficie. Esto nos permite respirar en la vida.

Cesana. Para acabar, hay una última serie de preguntas relacionadas con el sacrificio y la ofrenda.

«¿Qué significa que la nuestra es una resistencia a lo verdadero y no al sacrificio?».

«No entiendo qué es lo que debo ofrecer: en la vida cotidiana, lo que va bien, va bien; mientras que cuando llegan los problemas, a lo mejor pides. ¿De manera que ofrezco sólo cuando algo va mal? ¿En qué medida ofrecer cambia la realidad y qué significa darlo todo?»… en la relación con los hijos, con el dinero, en la vida de todos los días, en la vida de uno que no elige el camino de Madre Teresa de Calcuta, es decir, uno como nosotros, o sea, como Madre Teresa de Calcuta.

Carrón. Ayer un padre me contaba que le había dicho a su hijo: «Carrón quiere que nosotros seamos santos». Santos sí, pero en el sentido que dice don Giussani: hombres verdaderos. A mí lo que me interesa no es «ser santo» según la imagen colectiva que tenemos del santo: un personaje "raro"; yo quiero vivir, ¿comprendéis? Quiero vivir con toda mi capacidad de afecto, con toda mi capacidad de intensidad. ¡Quiero vivir! Si esto coincide con la santidad, perfecto: es precisamente lo que yo afirmo. A mí me interesa que viváis, no que seáis "piadosos", porque si sois "piadosos", no viviréis.

Ahora bien, dado que quiero vivir en todos los momentos, lo que encuentro dentro de mí es este deseo de plenitud, tenga problemas o no. Es como si para nosotros el Misterio fuera únicamente alguien a quien recurrir cuando estamos en apuros. ¡No! El Misterio –como hemos dicho– está dentro del yo, dentro. Pero nosotros somos racionalistas hasta la médula, porque concebimos el yo sin Misterio y pensamos que el Misterio nos concierne únicamente cuando tenemos problemas, porque prevalece otra cosa: visto que estamos en apuros… Cuando uno está en las Bahamas, ¿no necesita hacer memoria de Cristo? ¿La necesita sólo cuando esta agobiado en el trabajo? Esto es lo que no se entiende. Por eso he puesto el ejemplo del descanso. El tiempo de descanso os desvela mejor qué concepción tenéis del yo, porque el descanso, para muchos, es sinónimo de no hacer nada, es decir, de no hacer memoria, puesto que dejamos en casa los problemas: a no ser que –como dijo un día Giancarlo– uno vaya a descansar a un lugar estupendo y se encuentre con las cañerías rotas, y entonces…

Lo que está en juego es, una vez más, nuestra concepción del yo. Lo que a nosotros nos cuesta entender es el sentido religioso; como mentalidad no hemos avanzado, después de años de trabajo sobre *El sentido religioso* no lo hemos asimilado: nosotros seguimos diciendo «yo» sin Misterio, y por eso necesitamos la relación con el Misterio únicamente cuando tenemos pro-

blemas. ¿Necesitáis a la persona amada sólo cuando tenéis problemas? ¿O cuando escucháis una canción bonita, cuando veis algo hermoso? Todo os recuerda a la persona amada. Si no es así, ¿qué significa ser cristiano? ¿Por qué os interesa? ¿Qué ha sucedido en la vida que sea diferente?

La ofrenda es el gesto más sencillo que puedo hacer para respirar, cualquiera que sea la circunstancia, bonita o difícil. Éste gesto tan sencillo: «Menos mal que estás tú, Cristo, porque de lo contrario esto sería sofocante», incluso la playa estupenda, porque todo es pequeño para la capacidad del alma.

Cesana. Por lo tanto, nos ofrecemos a nosotros mismos…

Carrón. …nos ofrecemos a nosotros mismos totalmente, porque es mi yo, la totalidad de mi yo el que necesita reconocer a Otro para poder respirar: «Ya no vivo yo, sino que Otro vive en mí».[116] Esto es lo que permite respirar en la vida. Por eso el cristianismo es la mayor promesa que puede recibir un hombre que quiera vivir, que tenga ganas de vivir cada momento; sin esto la vida sería desesperada, con problemas o sin ellos, porque cuando uno lo tiene todo y no le basta todo, no es una desgracia, porque todo es pequeño para la capacidad del ánimo. «*Quid animo satis?*» («¿Qué le puede bastar al alma?»).[117]

Por eso, amigos, tenemos un buen recorrido por hacer. Este darnos al todo, darnos completamente en cualquier circunstancia de la vida cotidiana es lo que nos permite respirar; darse completamente al todo, como dice don Giussani, no puede ser más que darse a una persona. No es darse a la organización del movimiento, al partido: ¿qué me importa el partido o la organización? La única posibilidad razonable de darse al todo es darse a una persona, al Misterio, y para nosotros el Misterio es únicamente el Misterio hecho carne: Jesús.

«Cristo me atrae por entero, ¡tal es su hermosura!». Es todo un desafío y un programa. Cada vez que lo leáis en los próximos meses, en los próximos años, tendréis siempre delante un desafío: «Cristo me atrae por entero, ¡tal es su hermosura!», como la promesa más potente que un hombre haya oído jamás.

Para ayudarnos en este camino el instrumento más decisivo es la Escuela de comunidad. Es un trabajo; uno puede tomar este trabajo a la ligera, es decir, como uno que va a clase sin haber hecho los deberes. Pero después que no se queje si no sucede nada, porque nada es automático. Como les digo a veces a los Novicios de los *Memores Domini*: todos queremos ser como Beethoven sin empezar por el solfeo. Ésta es nuestra presunción.

Para acabar, todavía tenemos dos capítulos de la Escuela de comunidad: «El don del Espíritu» y «La existencia cristiana», como trabajo antes del verano.

Para el verano os proponemos el contenido de los Ejercicios una vez estén publicados, para que todos podamos retomar lo que hemos escuchado en estos días y podamos ayudarnos a comprenderlo y a hacer experiencia de todo lo que nos hemos dicho.

SANTA MISA

HOMILÍA DE DON FRANCESCO VENTORINO

El Hijo del Hombre ha sido glorificado y Dios ha sido glorificado en Él, en Él nos ha sido revelado el nombre de Dios. *Deus caritas est*. Ha sido necesario que el Hijo del Hombre padeciera la muerte porque en Su muerte ha sido glorificado Dios, el nombre de Dios como amor. En Su muerte Él ha vencido, Su amor por el Padre ha vencido todo nuestro miedo, todo nuestro pecado, toda nuestra nada. En Su muerte nos ha mostrado la belleza del Misterio. Por eso, sólo la belleza del Crucificado atrae al hombre, porque lo comprende todo, lo comprende todo del hombre, todo de la experiencia humana.

Por lo tanto, es necesario pasar por muchas tribulaciones para entrar en el Reino de Dios. Pero estas tribulaciones se deben al hecho de que es la vida de Otro que tiene que crecer en la nuestra. La tribulación necesaria para entrar en el Reino de Dios es como la de la generación de la vida, del parto necesario… el dolor del parto necesario para que venga al mundo una vida nueva. Es la vida de Otro que tiene que crecer dentro de la nuestra, es la verdad de Otro, es la caridad de Otro que tiene que crecer dentro de nuestra humanidad. Y en nuestra humanidad está toda la tentación del mundo que debe ser ofrecida y superada, vencida por la vida de Cristo. Ésta es la tribulación necesaria. Necesaria para que en el mundo se manifieste esta victoria de Cristo, esta victoria de Dios. «Ésta es la morada de Dios con los hombres. Pondrá su morada entre ellos y ellos serán Su pueblo y Él, Dios-con-ellos, será Su Dios».

La victoria de Cristo –nos recordaba a menudo don Giussani– se manifiesta en el pueblo cristiano. Este signo se nos da continuamente; es el signo que a través nuestro se debe dar al mundo.

MENSAJES RECIBIDOS

Reverendo
Don Julián Carrón
Presidente de la Fraternidad de Comunión y Liberación

Ocasión Ejercicios espirituales Fraternidad de Comunión y Liberación sobre el tema "Cristo me atrae por entero, ¡tal es su hermosura", Sumo Pontífice expresa a numerosos participantes cordial saludo buenos deseos asegurando Su cercanía espiritual. Desea que oportuno encuentro suscite renovada fidelidad a Cristo para un compromiso generoso en la obra nueva evangelización, invoca amplia efusión de favores celestes y le imparte a Usted, a responsables Fraternidad y reunidos todos especial bendición apostólica.

S.E.R. cardenal Tarcisio Bertone
Secretario de Estado de Su Santidad

Queridos:

El atractivo de Jesucristo para nuestra vida nos erige en personalidad en camino: seguros de la meta, pero también conscientes de que pide una continua tensión. En esto radica el *valor del hombre*. Por eso cada uno de nosotros posee una dignidad indeleble, que nada ni nadie puede atacar.

La valiosísima enseñanza del querido Monseñor Giussani, condensada en el maravilloso verso de Jacopone, brilla este año aún más luminosa después del abrazo y las palabras de Benedicto XVI en la memorable audiencia del 24 de marzo pasado. En ella florece para cada uno de nosotros un ímpetu de comunión renovada que seguimos mendigando del Padre como expresión más convincente de la belleza humana.

En el Señor os saludo y os bendigo.

S.E.R. cardenal Angelo Scola
Patriarca de Venecia

Querido Julián:

No puedo participar en los Ejercicios porque tengo que estar presente en una asamblea de obispos europeos, que tiene lugar en Rumanía, sobre el problema de la relación fe-cultura.

Deseo, de todas maneras, hacerte llegar el signo de mi pertenencia cada vez más total a esta gran amistad y a esta historia nuestras, y de mi personal afecto por tu persona y por tu responsabilidad.

Aún guardo en el corazón el gran acontecimiento de Roma. Cuánto más lo guardo y lo profundizo en la memoria, más me sorprende, hasta llegar a la conmoción, considerar la extraordinaria "predilección" de la que el Espíritu del Señor ha hecho objeto la persona y la vida de don Giussani y la extraordinaria libertad con la que don Gius se identificó en esta predilección. A través de su presencia esta predilección ha plasmado y plasma, todavía hoy, cada día de nuestra vida: la ilumina con la luz de la verdad, la conforta con el don de la caridad, abre la única y gran perspectiva de la misión ante cada instante. De este modo, como nos ha enseñado don Gius, nuestra vida cotidiana participa en la construcción de la gloria humana del Señor resucitado.

Te aseguro una oración constante por tu gran responsabilidad y te ruego que transmitas mi bendición a todos los amigos.

S.E.R. monseñor Luigi Negri
Obispo de San Marino-Montefeltro

Queridos amigos:

deseo saludar a todos los participantes en los Ejercicios Espirituales de la Fraternidad de Comunión y Liberación, desde la Asamblea General de la Conferencia Episcopal del Brasil en la que me encuentro y donde nos estamos preparando a la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, que se celebrará en el Santuario de Nossa Senhora Aparecida.

El Santo Padre ha querido invitar explícitamente a nuestro movimiento a participar en este evento y he sido indicado como su representante en esta reunión tan importante, no sólo para América Latina, sino para toda la Iglesia.

Me confío a las oraciones de todos vosotros para que la fascinación del encuentro con el Señor y la pasión por comunicarla, que hemos

aprendido en la experiencia del carisma, pueda ser un punto vivo de novedad durante nuestros trabajos.

Pido también por todos vosotros en este gran momento de gracia, para que podamos responder a la invitación apremiante a la misión que Benedicto VXI nos ha confirmado vivamente en la Plaza de San Pedro.

Un abrazo, con la bendición del Señor

S.E.R. monseñor Filippo Santoro
Obispo de Petrópolis

TELEGRAMAS ENVIADOS

Su Santidad
Benedicto XVI

Santidad, la memoria del don del Espíritu que ha supuesto el gran encuentro en la Plaza de San Pedro ha dominado los sentimientos de los 26.000 miembros de la Fraternidad de Comunión y Liberación, que han participado en los Ejercicios espirituales en Rímini, y de todos los demás amigos conectados vía satélite desde 66 países, este año por primera vez también desde Belén.

«Cristo me atrae por entero, ¡tal es su hermosura!». Esta frase de Jacopone da Todi ha dado el tema a las jornadas de retiro, recordándonos la insistencia de Su Santidad sobre la belleza de Cristo presente que atrae.

Su invitación a vivir «una fe profunda, personalizada y firmemente enraizada en el Cuerpo vivo de Cristo, la Iglesia, que garantiza la contemporaneidad de Jesús con nosotros», nos ha impulsado a profundizar la concepción que Jesús tiene de la vida, como aprendemos del testimonio misteriosamente vivo de don Giussani.

Hemos vuelto a descubrir así la necesidad de "ampliar nuestro concepto de razón" para poder verificar la promesa de Jesús de Nazaret: ser la respuesta al deseo y a la necesidad infinita de nuestro corazón.

Rezamos por su inminente viaje apostólico a América Latina, pidiéndole a la Virgen de Aparecida que sostenga Su diuturna pasión por el destino de los hombres y Su indómito anuncio de que Dios ha tenido piedad de nuestra nada y se ha hecho carne y sangre para salvar nuestra humanidad y para darnos una "fe amiga de la inteligencia".

Como pequeño signo de la voluntad de ser fieles a Pedro en todo, hemos indicado como "libro del mes" para todos nuestros amigos en el mundo Su libro *Gesù di Nazaret*, deseando comenzar a vivir en nuestras jornadas Su misma familiaridad con Cristo.

Julián Carrón

Emmo. Sr. cardenal Tarcisio Bertone
Secretario de Estado

Eminentísimo Sr. Cardenal, 26.000 miembros de la Fraternidad de Comunión y Liberación, reunidos en Rímini para los tradicionales Ejercicios espirituales, y otros miles de personas conectadas vía satélite desde 66 países, Le agradecen su mensaje enviado en nombre del Santo Padre, cuya presencia ha dominado las jornadas de retiro, en el estupor aún muy vivo por el gran encuentro en la Plaza de San Pedro del 24 de marzo.

Estamos dispuestos a servir a la Iglesia que avanza en la historia, testimoniando que «Cristo me atrae por entero, ¡tal es su hermosura!», conforme a la expresión de Jacopone da Todi que ha dado el título a los Ejercicios, le pedimos a la Virgen y don Giussani que le acompañen en Su responsabilidad ante Dios y ante los hombres.

Julián Carrón

S.E.R. monseñor Angelo Bagnasco
Presidente C.E.I.

Excelentísimo Sr. Obispo, 26.000 miembros de la Fraternidad de Comunión y Liberación, reunidos en Rímini para los tradicionales Ejercicios espirituales, y otros miles de personas conectadas vía satélite desde 66 países, meditando sobre el tema «Cristo me atrae por entero, ¡tal es su hermosura!» (Jacopone da Todi), han profundizado la conciencia de que el acontecimiento cristiano corresponde a las necesidades de nuestra humanidad. Por eso Le renovamos la gratitud por Su defensa, tan razonable, de la naturaleza original del hombre como ser dependiente sólo de Dios y, por lo tanto, libre de todo poder.

Le pedimos a la Virgen que le conforte en Su lucha por la verdad, en el camino que Benedicto XVI indica para todos.

Julián Carrón

S.E.R. monseñor Giuseppe Betori
Secretario CEI

Excelentísimo Sr. Obispo, 26.000 miembros de la Fraternidad de Comunión y Liberación, reunidos en Rímini para los tradicionales Ejerci-

cios espirituales, y otros miles de personas conectadas vía satélite desde 66 países, han meditado sobre el tema «Cristo me atrae por entero, ¡tal es su hermosura!» (Jacopone da Todi).

Animados por la voluntad de seguir sirviendo a Benedicto XVI que en Verona dio un nuevo impulso a la pasión de comunicar la belleza de ser cristianos en la sociedad italiana, estamos comprometidos en los distintos ámbitos de vida a llevar el anuncio de Jesús de Nazaret inicio de la vida plena que todos desean.

Julián Carrón

S.E.R. monseñor Josef Clemens
Secretario Consejo Pontificio para los Laicos

Excelentísimo Sr. Obispo, 26.000 miembros de la Fraternidad de Comunión y Liberación, reunidos en Rímini para los tradicionales Ejercicios espirituales, y otros miles de personas conectadas vía satélite desde 66 países, han meditado sobre el tema «Cristo me atrae por entero, ¡tal es su hermosura!» (Jacopone da Todi).

También este año S.E. monseñor Ryłko nos ha traído el abrazo concreto de toda la Iglesia, nuestra madre, a la que queremos seguir sirviendo como bautizados en todos los ambientes de vida y de trabajo, siguiendo al gran Papa Benedicto XVI, primer testigo de la belleza de Cristo en el mundo.

Julián Carrón

Emmo. Sr. cardenal Angelo Scola
Patriarca de Venecia

Querido Sr. cardenal, Le agradecemos las palabras que nos ha enviado para nuestros Ejercicios espirituales, durante los que hemos intentado profundizar la concepción que Jesús tiene de la vida y de la que proviene todo el valor de nuestra humanidad, necesitada de Infinito, el único capaz de conducirnos a todos hacia la verdad. Deseando vivir, como nos ha pedido Benedicto XVI, una fe profunda, personalizada y firmemente enraizada en la Iglesia, fieles a la paternidad viva de don Giussani pedimos una oración por la santidad de todo el movimiento.

Julián Carrón

S.E.R. monseñor Luigi Negri
Obispo de S. Marino-Montefeltro

Querido Sr. Obispo, agradecidos por el mensaje con el que ha querido estar presente en nuestros Ejercicios espirituales, deseamos que sepa que, después de haber meditado sobre «Cristo me atrae por entero, ¡tal es su hermosura!», tenemos una mayor certeza de la belleza de Cristo que nos atrae hacia Él, a la que don Giussani nos introdujo el primero. Le confirmamos nuestra cercanía en el testimonio común de esa «fe amiga de la razón» de la que habló Benedicto XVI en Verona.
Julián Carrón

S.E.R. monseñor Filippo Santoro
Obispo de Petrópolis (Brasil)

Querido Sr. Obispo, agradecidos por el saludo recibido, Le aseguramos una oración por Su participación en la Asamblea de los Obispos de América Latina, para que pueda ser testigo de la belleza de Cristo que nos atrae, como contribución a la misión de la Iglesia en la fidelidad a la invitación que Benedicto XVI renovó el 24 de marzo en Roma.
Julián Carrón

Apéndice

EL ARTE EN NUESTRA COMPAÑÍA

A cargo de Sandro Chierici

(Guía a la lectura de las imágenes extraídas de la Historia del arte que acompañaban la escucha de las piezas de música clásica a la entrada y a la salida)

Cuanto más sensible y consciente es un hombre, es decir, cuanto mejor hombre puede ser, más cuenta se da de que no logra llegar a serlo. […] El hombre no puede realizarse a sí mismo si no es aceptando el amor de Otro. […] Reconocer y seguir a Cristo (fe) genera así una actitud existencial característica en la que el hombre es un caminante erguido e incansable hacia una meta no alcanzada aún, seguro del futuro porque todo se apoya en Su presencia (esperanza); en el abandono y en la adhesión a Jesucristo florece un afecto nuevo hacia todo (caridad), que genera una experiencia de paz, la experiencia fundamental del hombre en camino. (L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*)

I

1. Vincent Van Gogh, *Retrato de Camille Roulin*. Amsterdam, Van Gogh Museum
2. Vincent Van Gogh, *Retrato de Patience Escalier*. Colección privada
3. Vincent Van Gogh, *Joven campesina con un sombrero de paja sentada en un campo de trigo*. Berna, Colección privada
4. Franco Griosi, *Granizada sobre la cosecha*. Nápoles, Colección Griosi
5. Edvard Munch, *Melancolía*. Oslo, Museo Munch
6. Edvard Munch, *Melancolía (Laura)*. Oslo, Museo Munch
7. Henri Matisse, *Mujer delante de un acuario*. Chicago, The Art Institute
8. Edvard Munch, *Chicas en el puente*. Moscú, Museo Puškin
9. Carlo Carrà, *La espera*. Roma, Colección privada
10. Carlo Carrà, *Bañistas*. Génova, Colección privada
11. Fausto Pirandello, *Sequía*. Roma, Galería Nacional de Arte Moderno
12. Vincent Van Gogh, *Viejo desesperado*. Otterlo, Rijksmuseum Kröller-Müller
13. Charles de Groux, *El borracho*. Tournai, Musée des Beaux-Arts

II

14. Caravaggio, *La vocación de Mateo*. Roma, San Luís de los Franceses
15. *Resurrección del hijo de la viuda de Naín*, mosaico. Monreal, catedral, nave meridional
16. *Pedro salvado de las aguas*, mosaico. Monreal, catedral, nave meridional
17. *Resurrección de la hija de Jairo*, mosaico. Monreal, catedral, nave meridional
18. *Curación de la hemorroísa*, mosaico. Monreal, catedral, nave meridional
19. *Curación del endemoniado*, mosaico. Monreal, catedral, nave meridional
20. *Curación del leproso*, mosaico. Monreal, catedral, nave meridional
21. *Curación de los tullidos y los ciegos*, mosaico. Monreal, catedral, nave septentrional
22. *Curación del ciego de nacimiento*, mosaico. Monreal, catedral, transepto meridional
23. *Curación de la mano seca*, mosaico. Monreal, catedral, nave meridional
24. *Multiplicación de los panes y de los peces*, mosaico. Monreal, catedral, nave meridional
25. *Curación de la mujer encorvada*, mosaico. Monreal, catedral, nave septentrional
26. *Curación de los diez leprosos*, mosaico. Monreal, catedral, nave septentrional
27. *Curación de los dos ciegos*, mosaico. Monreal, catedral, nave septentrional
28. *Curación del paralítico*, mosaico. Monreal, catedral, nave septentrional
29. *Curación del paralítico en la piscina*, mosaico. Monreal, catedral, transepto meridional
30. *Jesús y la samaritana*, mosaico. Monreal, catedral, transepto meridional
31. *La resurrección de Lázaro*, mosaico. Monreal, catedral, transepto meridional
32. *Los discípulos de Emaús*, mosaico. Monreal, catedral, transepto septentrional
33. *La cena en Emaús,* mosaico. Monreal, catedral, transepto septentrional

34. *"¿No estaba ardiendo nuestro corazón?"*, mosaico. Monreal, catedral, transepto septentrional
35. *El retorno de los discípulos a Jerusalén*, mosaico. Monreal, catedral, transepto septentrional

III

36. Paul Gauguin, *Pequeño valle con árboles en Tahití*, detalle. Winterthur, Jaeggli-Hahnloser
37. Vincent Van Gogh, *La iglesia de Auvers*. París, Musée d'Orsay
38. Vincent Van Gogh, *Paseo al claro de luna*. San Paolo, Museo de Arte
39. Vincent Van Gogh, *Pareja de enamorados*. Colección privada
40. Vincent Van Gogh, *Bulevar con casas en los alrededores de Arles*. Kiel, Fundación Pommern
41. Edvard Munch, *Fecundidad*. Oslo, Museo Munch
42. Vincent Van Gogh, *Cultivadores de patatas*. Otterlo, Kröller-Müller Museum
43. Jean-François Millet, *Plantadores de patatas*. Boston, Museum of Fine Arts
44. Jean-François Millet, *Noche de invierno*. Boston, Museum of Fine Arts
45. Jean-François Millet, *Mujeres cosiendo a la luz de una lámpara*. Boston, Museum of Fine Arts
46. Cagnaccio di San Pietro, *Lágrimas de la cebolla*. Venecia, Cámara del Trabajo
47. Jean-François Millet, *Recogida del trigo sarraceno, verano*. Boston, Museum of Fine Arts
48. Galileo Chini, *La siega del cáñamo*. Colección privada
49. Paul Gauguin, *Segadores*. Londres, Courtauld Institute Galleries
50. Vincent Van Gogh, *Mujer que recoge el trigo*. Amsterdam, Van Gogh Museum
51. Vincent Van Gogh, *El sembrador*, detalle. Otterlo, Kröller-Müller Museum
52. Jean-François Millet, *Pastorcilla con el rebaño y el perro*. Boston, Museum of Fine Arts
53. Pietro Cavallini, *Cristo juez*, detalle. Roma, Santa Cecilia
54. *Icono de Cristo*. Monasterio de Santa Catalina en el Monte Sinaí
55. *Cristo en el trono*, mosaico. Estambul, Santa Sofía

56. *Cristo chalkites*, mosaico. Estambul, ex-monasterio de San Salvador en Chora
57. *Cristo pantocrator*, mosaico. Estambul, ex-monasterio de San Salvador en Chora

DIRECTORIO PARA LOS GRUPOS DE FRATERNIDAD

Las indicaciones que siguen, sugeridas por la experiencia de estos años, quieren responder a los grupos de Fraternidad que han expresado el deseo de una mayor seriedad en el planteamiento de su vida personal y comunional.

1. Obediencia a las indicaciones de quien guía a toda la Fraternidad

Quien participa en la vida de la Fraternidad está invitado a la obediencia a las indicaciones de quien guía toda la Fraternidad, en una inmanencia responsable a la vida del Movimiento, hasta el afecto.

2. Naturaleza y consistencia del grupo

Un grupo está constituido por adultos que libremente lo deciden y lo constituyen. La idea-guía de la Fraternidad es el descubrimiento de que un adulto es responsable tanto de su trabajo y de su familia como de sus santidad: de la vida como camino hacia la santidad, es decir, de la vida como vocación.

El adulto, en cuanto que es responsable, se junta con otros que reconocen tener la misma responsabilidad frente a la vida como vocación.

Conforme al método que enseña el Movimiento, todos deberían desear pertenecer a un grupo de Fraternidad, aunque la adhesión a ella es personal.

3. El guía: todo grupo debe ser guiado

Todo grupo debe ser guiado. El guía no coincide mecánicamente con la figura del prior, sino con una persona que tenga autoridad moral en sentido evangélico: una persona que tenga fe, que incluso puede provenir de fuera del grupo.

El guía debe comunicar un método de vida: enseñar a reconducir todo a una idea fundamental, meditando, mirando y amando la cual pueda nacer «todo el resto». Este es el origen de nuestro método: que la vida cristiana nace del encuentro con una presencia, siguiendo la cual se cambia. Precisamente en este cambio de uno mismo es donde madura discretamente la idea de una regla.

El guía debe favorecer una auténtica seriedad en la fe. Debe ser un guía que encamine el grupo, lo conforte, lo ayude a corregir la inevitable tendencia a la artificiosidad y el moralismo.

La relación estable con un persona «externa» al grupo (sacerdote, responsable del Movimiento, miembro de los Memores Domini) puede evitar que se enfatice el propio grupo en detrimento de la unidad de toda la Fraternidad, que no es una federación de realidades autónomas.

Todo grupo debe tener un prior, que desarrolla una labor de secretaría (avi-

sos, distribución de textos, etc.) y de orden. El prior se atiene a las indicaciones recibidas del Centro a través del responsable diocesano o regional y del miembro del Ejecutivo al que está confiado el cuidado de la región.

4. La regla

En la vida del grupo la regla está en función de un incremento de la relación entre la persona y Cristo y, por tanto, como consecuencia, de un incremento del Movimiento en el servicio a la Iglesia.

a) Oración

Cada grupo debe darse una regla de oración: puede ser decir un Avemaría por la tarde o la participación en la Misa diaria. No importa si se sigue la hipótesis mínima o la máxima. Lo que importa es el gesto de oración, la fidelidad a él.

b) Pobreza

La aportación mensual al fondo común de toda la Fraternidad, que implica sacrificio, está en función de un incremento de la conciencia de la pobreza como virtud evangélica. Como dice san Pablo: «No tenemos nada y poseemos todo». El verdadero modo de poseerlo todo es estar desapegados de todo. Se puede uno comprometer incluso con diez pesetas sólo, pero entregarlas con fidelidad tiene un valor fundamental de reclamo, porque es un gesto concreto y unitario. Quien no se comprometa con esta indicación no puede considerarse miembro de la Fraternidad.

c) Desarrollo del conocimiento de la doctrina de la Iglesia

La profundización catequética del Movimiento se hace en la Escuela de Comunidad: ella ilumina nuestra formación permanente. Debe desarrollarse valorando en su ámbito los Ejercicios y los textos que brotan del Movimiento, que aclaran el contexto en el que se coloca el «curso» marcado por la Escuela de Comunidad.

Caso de que la Escuela de Comunidad se haga en otro sitio (como resultado de la presencia misionera del adulto dentro del ambiente), que el grupo de Fraternidad medite los Ejercicios espirituales o los textos indicados por el Movimiento, sin que falte, en todo caso, la referencia a la Escuela de Comunidad.

5. La obra

La obra de la Fraternidad es el crecimiento del Movimiento en el servicio a la Iglesia. La asunción de compromisos específicos está, por tanto, en función de esto (véase la Carta a los nuevos inscritos en la Fraternidad).

IMAGEN DE LOS GRUPOS DE FRATERNIDAD

1. Premisa

La adhesión a la Fraternidad es personal: es válida y permanece con o sin grupo. Este es un principio fundamental, pues la persona vive la fe obedeciendo «de corazón», es decir, libremente y directamente, «a la forma de enseñanza a la que hemos sido entregados» (Joseph Ratzinger, «Intervento di presentazione del nuovo Catechismo», *L'Osservatore Romano*, 20-1-1993, p. 5).

La imagen del grupo de fraternidad que se describe es el modo como puede ser sostenida la adhesión personal a la Fraternidad entera.

2. Objetivo y naturaleza del grupo de Fraternidad

El grupo de fraternidad es un lugar de amistad cristiana, o sea, de reclamo y de memoria a la conversión personal, un lugar en el que sea más fácil y estable la voluntad de vivir para Cristo. No hay duda de que es más fácil ser corregidos que corregirse, por ello es útil un lugar de reclamo. El grupo de fraternidad, como figura de la Fraternidad en su conjunto, «es la conciencia explicita de estar en camino, de tener un destino, y por tanto, una ayuda a profundizar la conciencia, una ayuda a profundizar el conocimiento y la conciencia» (Luigi Giussani, *L'opera del movimento. La Fraternità di Comunione e Liberazione*, San Paolo, Cinisello Balsamo 2002, p. 105). Es una «proximidad de personas que se aceptan como una escuela, […] una escuela para aprender a amar al otro» (*ibidem,* p. 168).

«Tiene que llegar a ser un lugar que moviliza, que nos cambia» (*ibidem,* p. 9).

Las fraternidades ayudan a procurar la santidad personal y la vocación que se vive: «La exigencia […] de vivir la fe y comprometerse con ella» (L. Giussani, «Lettera ai nuovi iscritti alla Fraternità», en *ibidem,* p. 249), contribuyendo así a la obra de salvación que Cristo ha introducido en el mundo con su Iglesia.

3. Método (¿Con qué criterio se escoge un grupo?)

El criterio con el que se escoge un grupo es la proximidad, ocasión de una convivencia que se debe desear. La primera proximidad, que permite reconocer el valor de todas las demás, es la vocacional. En este sentido, los grupos de fraternidad «tienen que nacer según las convergencias naturales y las elecciones de las personas, sin esquemas fijos ("el ambiente", antes que un territorio o una clase social, son las relaciones interpersonales)» (*ibidem,* p. 40).

El grupo de fraternidad puede formarse a partir de una amistad previa, pero ante todo implica la decisión respecto de la necesidad de la compañía de tales personas para la propia fe y para las necesidades de la vida.

La consecuencia de semejante compañía es el descubrimiento de cada vez más personas como fraternas, es decir, la misión: la expresión más verdadera de la experiencia de la fraternidad.

De hecho, «una comunión explícita implica toda la vida, de forma que lo que le ocurre al otro ya no puede dejar de afectar e implicar mi propia vida.» (L. Giussani, «Lettera ai nuovi iscritti alla Fraternità», en *ibidem,* pp. 251-252).

4. Regla y conducción

La regla sugerida a los grupos de fraternidad se propone como una ayuda que se ofrece a cada uno dentro del compromiso que se ha asumido con la adhesión a la Fraternidad. Ésta prevé:

– Una mínima dedicación a la *oración*;
– Una educación concreta a la *pobreza* (incluido el valor del dinero, a través del *fondo común*);
– Apoyo a la *obra del movimiento* (quizá a través una obra concreta);
– Profundización en la *doctrina de la Iglesia*.

En cualquier caso, los grupos de fraternidad «no pueden tener como expresión propia el debate sobre un texto» (*ibidem,* p. 83) sin que llegue a ser confrontación con las exigencias de la vida, materiales y espirituales.

Esto aclara también la función y el modo de la Escuela de comunidad. «La Escuela de comunidad, si se viviera bien por parte de los adultos, tendría que convertirse en Fraternidad. […] Por eso, una Escuela de comunidad es una Fraternidad "que no ha llegado a nacer", es decir, todavía no es Fraternidad porque está en la superficie de nuestro compromiso: es un ejercicio, más que una vida» (*ibidem,* p. 167). Todo es potencialmente una fraternidad.

Las fraternidades son guiadas por: los *Ejercicios espirituales* y el trabajo posterior sobre este gesto; los *retiros;* y, en su caso, las *Asambleas Regionales*. *El prior* tiene una importante función de secretaría, cuyo aspecto principal es comunicar las indicaciones del Centro; no es inamovible, ya que a cada uno le toca ser responsable de la vida de la propia fraternidad. Los grupos de fraternidad pueden escoger como "guías" a personas con autoridad en sentido evangélico, que pueden no pertenecer al grupo, pero que –en cualquier caso– han de ser aprobadas por el Ejecutivo.

El objetivo de todas las indicaciones es el aumento de una humanidad cris-

tiana: una humanidad distinta en el modo concreto de pensar, sentir y, si es posible, de comportarse.

Toda la Fraternidad, evidentemente, encuentra su consistencia dentro del movimiento y de la dirección que éste ofrece. No es oportuno añadir otros instrumentos a los ya previstos para la guía de la Fraternidad (cartas e intervenciones del fundador; diaconía central, responsables regionales, etc.). Es importante, en cambio, que los instrumentos actualmente presentes sean vividos con seriedad y si fuera posible, preparados, enviando contribuciones y preguntas a los responsables. En concreto, es importante subrayar el valor de los Retiros, que deben tener: un momento de reflexión (que retome la actualidad de los Ejercicios); un momento de silencio; un momento de asamblea y la Santa Misa.

Notas

1. Cfr. *Mt* 6, 21.
2. L. Giussani, «La familiaridad con Cristo», en *Litterae Communionis-Huellas*, febrero de 2007, pp. 1-10.
3. L. Giussani, «La familiaridad con Cristo», en op. cit., pp. 2-4.
4. Benedicto XVI, *Sacramentum caritatis*, Exhortación Apostólica Postsinodal sobre la Eucaristía fuente y culmen de la vida y de la misión de la Iglesia, 22 de febrero de 2007, 1.
5. Jacopone da Todi, «Lauda XC», en *Le Laude*, Libreria Editrice Fiorentina, Florencia 1989, p. 313.
6. *Sal* 79, 8.
7. Benedicto XVI, *Sacramentum Caritatis*, op. cit., 1.
8. Se hace referencia a una conversación de don Giussani en una «Jornada de meditación para parejas de casados», Milán 23 de enero de 1977, pro manuscripto.
9. *Ibídem*.
10. *Ibídem*.
11. A. Cechov, «Storia noiosa», en *Racconti*, vol. I, Oscar Mondadori, Milán 1996, p.351.
12. Se hace referencia a una conversación de don Giussani en una «Jornada de meditación para parejas de casados», Milán 23 de enero de 1977, pro manuscripto.
13. Cfr. Benedicto XVI, *Sacramentum Caritatis*, op. cit., 1.
14. Benedicto XVI, «Discurso a los participantes en el IV Congreso Eclesial Nacional», Verona, 19 de octubre de 2006.
15. Benedicto XVI, «Discurso a los participantes en la peregrinación organizada por la Fraternidad de Comunión y Liberación con ocasión del XXV aniversario de su reconocimiento pontificio, 24 de marzo de 2007», en *Atraídos por la belleza de Cristo*, suplemento dela revista *Huellas-Litterae Communionis*, abril de 2007, p. 13.
16. L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, Ediciones Encuentro, Madrid 2001, p. 99.
17. Se hace referencia a una conversación de don Giussani durante el Equipe Nacional del CLE, Milán 26 de febrero de 1984, pro manuscripto.
18. C.S. Lewis, *Cartas del diablo a su sobrino*, Espasa-Calpe, Madrid, 1983, Carta XIII, p. 78.
19. Juan Pablo II, «Catedral Metropolitana de Ciudad de Méjico: Homilía del Santo Padre, 26 de enero de 1979», en *La Traccia*, enero de 1979, p. 179.
20. Cfr. *Mt* 18, 3.

21. L. Giussani, *El camino a la verdad es una experiencia*, Ediciones Encuentro, Madrid 2007, p. 67.
22. L. Giussani - S. Alberto - J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, Ediciones Encuentro, Madrid 1999, p. 14.
23. Cfr. L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, op. cit., pp. 99-122.
24. L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, op. cit., p. 103.
25. *Andrei Rubliov (id)*, A. Tarkovski, URSS 1969.
26. L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, op. cit., p. 103.
27. Guglielmo di Saint-Thierry, *Commento al Cantico dei Cantici*, Città Nuova, Roma 2002, pp. 44-45.
28. San Agustín*, Confesiones,* I, 5.5.
29. L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, op. cit., p. 103.
30. *Ibídem*, pp. 103-104.
31. E. Sábato, *La resistencia*, Seix Barral, Barcelona 2000, p. 104.
32. N. Berdjaev, *Schiavitù e libertà dell'uomo*, Edizioni di Comunità, Milán 1952, p. 37.
33. L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, op. cit., p. 104.
34. *Ivi*.
35. *Ivi*.
36. *Ivi*.
37. *Ibídem*, p. 105.
38. *Ivi*.
39. R.M. Rorty, *Conseguenze del pragmatismo*, Feltrinelli, Milán 1986, p. 37.
40. L. Giussani, *La libertà di Dio*, Marietti, Génova 2005, p. 16.
41. L. Giussani, *La libertà di Dio*, op. cit., p. 20.
42. O. Paz, *Tiempo nublado*, Seix Barral, Barcelona 1983.
43. M. Steyn, «Blacksburg, la cobardía... », en *Il Foglio*, 21 de abril de 2007, p. 2.
44. L. Giussani, ¿*Por qué la Iglesia*, Ediciones Encuentro, Madrid 2004, p. 50.
45. L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, op. cit., p. 106.
46. L. Giussani, «Dios es misericordia», en *Litterae Communionis-Huellas*, marzo 2007, p. 1-9.
47. L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, op. cit., p. 106.
48. *Ivi*.
49. M. Zambrano, «Filosofía y Poesía», Ediciones de la Universidad de Alcalá de Henares, Madrid 1993, p. 109.
50. M. Zambrano, *Dell'Aurora*, Marietti, Génova 2000, p. 32.
51. M. Zambrano, *Claros del Bosque*, Seix Barral, Barcelona 1990, p. 15.
52. AA.VV., «Atraídos por la belleza de Cristo», DVD de la Audiencia con Su Santidad Benedicto XVI con ocasión del XXV aniversario del reconocimiento pontificio de la Fraternidad de Comunión y Liberación, Roma Plaza de San Pedro, 24 de marzo de 2007, Società Cooperativa Editoriale Nuovo Mondo.

53. L. Giussani, *El camino a la verdad es una experiencia*, Ediciones Encuentro, Madrid 2007, p. 83.
54. L. Giussani - S. Alberto - J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., p. 74.
55. *Ibídem*, p. 75.
56. Se hace referencia a una conversación de don Giussani en el Equipe CLE 1984, Milán 26 de febrero de 1984, pro manuscripto.
57. L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, op. cit., p. 107.
58. *Ibídem*, p. 108.
59. *Ibídem*, p. 109.
60. *Ibídem*, p. 111.
61. *Ivi*.
62. *Ibídem*, p. 112.
63. *Ivi*.
64. *Ivi*.
65. A. Camus, *Calígula*, Alianza Editorial, Madrid, 1984, p. 111.
66. C. Chieffo, «El Joven rico», en *Cancionero*, Ediciones Encuentro, Madrid 2007, p. 333.
67. Benedicto XVI, «Visita pastoral a Verona con ocasión del IV Asamblea nacional de la Iglesia italiana. 19 de octubre 2006».
68. L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, op. cit., pp. 114-115.
69. *Ibídem*, p. 115.
70. *Jn* 12, 24-25.
71. L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, op. cit., pp. 115-116.
72. *Jn* 3, 16.
73. Cfr. *Os* 11, 8.
74. Benedicto XVI, *Deus caritas est*, 10.
75. L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, op. cit., p. 116.
76. Benedicto XVI, *Deus caritas est*, 3.
77. L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, op. cit., p. 116.
78. L. Giussani, *Los jóvenes y el ideal*, Ediciones Encuentro, Madrid 1995, p. 221.
79. L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, op. cit., p. 116.
80. *Ivi*.
81. A. J. Heschel, *L'uomo non è solo*, Mondadori, Milán 2001, p. 108.
82. L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, op. cit., p. 116.
83. L. Giussani, *En busca del rostro del hombre*, Ediciones Encuentro, Madrid 1985, p. 99.
84. Cfr. *Rm* 12, 1-2
85. L. Giussani, *En busca del rostro del hombre,* op. cit., p. 100.
86. *Ivi*.

87. *Ivi*.
88. T.S. Eliot, *Opere*, Bompiani, Milán 1992, vol. II, p. 1121.
89. L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, op. cit., p. 117.
90. *Ivi*.
91. L. Giussani, *Afecto y morada*, Ediciones Encuentro, Madrid 2004, p. 45.
92. L. Giussani, *Afecto y morada*, op. cit., pp. 65-66.
93. F.H. Bradley, «Principles of Logic» en T.S. Eliot, *Opere*, Bompiani, Milán 1992, vol. I., p. 737.
94. P. Claudel, *Le soulier de satin*, Gallimard 1965, v. II, p. 696.
95. L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, op. cit., p. 117.
96. *Ivi*.
97. Cfr. C. Pavese, *El oficio de vivir*, Seix Barral, Barcelona 1992, p. 198.
98. L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, op. cit., p. 117.
99. Benedicto XVI, *Deus caritas est*, 6.
100. L. Giussani, *Afecto y morada*, op. cit., p. 265.
101. *Ibídem*, p. 82.
102. L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, op. cit., p. 117.
103. J. Green, *La luce che resta*, Rusconi, Milán 1977, p. 89
104. Jacopone da Todi, «Lauda XC», en *Le Laude*, Libreria Editrice Fiorentina, Florencia 1989, p. 313.
105. Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologie*, II, II ae, q. 179, a1 co.
106. Benedicto XVI, *Deus caritas est*, 14.
107. San Agustín, *Comentario al Evangelio de Juan* 26, 4.
108. Gregorio di Nissa, *Omelie sul Cantico dei Cantici*, Città Nuova, Roma 1996, p. 47.
109. Gregorio di Nissa, *Omelie sul Cantico dei Cantici*, op. cit., p. 257.
110. L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, op. cit., p. 121.
111. *Ibídem*, p. 122.
112. T.S. Eliot, *Coros de «La Roca»*, en *Los orígenes de la pretensión cristiana*, op. cit., p. 7.
113. Cfr. L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, op. cit., p. 122.
114. Benedicto XVI, Homilía del Santo Padre en la celebración eucarística durante su visita pastoral a Vigévano y Pavía, 22 de abril de 2007.
115. L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, op. cit., p. 122.
116. Cfr. *Gal* 2, 20.
117. Cfr. A. Gemelli, *Il Francescanesimo*, Edizioni O. R., Milán 1932, cap. XIII.

Índice

MENSAJE DE SU SANTIDAD BENEDICTO XVI 3

Viernes 4 de mayo, noche

INTRODUCCIÓN 4

SANTA MISA – *HOMILÍA DE DON PINO* 10

Sábado 5 de mayo, mañana

PRIMERA MEDITACIÓN – ***El hombre es relación exclusiva con Dios*** 11

SANTA MISA – *HOMILÍA DEL EXCMO. MONSEÑOR STANISLAW RYŁKO* 24

Sábado 5 de mayo, tarde

SEGUNDA MEDITACIÓN – ***¿De qué sirve la vida, sino para darla?*** 29

Domingo 6 de mayo, mañana

ASAMBLEA 44

SANTA MISA – *HOMILÍA DE DON FRANCESCO VENTORINO* 57

MENSAJES RECIBIDOS 58

TELEGRAMAS ENVIADOS 61

Apéndice

EL ARTE EN NUESTRA COMPAÑÍA 66

DIRECTORIO PARA LOS GRUPOS DE FRATERNIDAD 70

IMAGEN DE LOS GRUPOS DE FRATERNIDAD 72

Notas 75

«Cristo me atrae por entero, ¡tal es su hermosura!»

Ejercicios de la Fraternidad de Comunión y Liberación

Rímini 2007